3982

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EN BRAZOS DE LA MUERTE,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

5

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERI

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon
Lo mejor de los da
Los dos sargentos
Los dos inseparab
La pesadilla de un
La hija del rey Re
Los extremos.
Los dedos huésped
Los éxtasis.
La posdata de una
La mosquita muer
La hidrofobia.
La cuenta del zapa
Los quid pro quos.
La Torre de Londr
Los amantes de Te
La verdad en el es
La banda de la Cor
La esposa de Sanch
La boda de Queved
La Creacion y el Di
La gloria del arte.
La Gitana de Madr
La Madre de San F
Las floresi de Don
Las apariencias.
Las gueeras civiles
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuor
La bolsa y el bolsil
La libertad de Flor
La Archiduquesita.
La escuela de los a
La escuela de los p
La escala del poder
Las cuatro estacion
La Providencia.
Los tres banqueros
Las huérfanas de la
La ninfa Iris.
La dicha en el bien
La mujer del pueb
Las bodas de Cama
La cruz del misteri
Los pobres de Mad
La planta exotica.
Las mujeres.
La union en África.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castil
La calle de la Mont
Los pecados de los
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicien
La peor cuña.
La choza del almad
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de vie
La agenda de Corre
La cruz de oro.
La caja del regimie
Las sisas de mi mu
Llueven hijos.
Las dos madres.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina
Martin Zurbano.

EN BRAZOS DE LA MUERTE.

EN BRAZOS DE LA MUERTE,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. LUIS MARIANO DE LARRA.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe en la noche del 20 de Abril de 1866.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ELVIRA.....	D.ª T. LAMADRID.
ALFONSO.....	D.ª J. HIJOSA.
EL REY D. FRUELA II DE LEON.....	D. J. VALERO.
FRUMINIO.....	D. A. PIZARROSO.
ISAAC.....	D. A. ZAMORA.
UN PAJE.....	D. R. MORALES.
DIEGO VELA.....	D. J. RUIZ.
LOPE ALMONDAREZ..	D. B. PARDIÑAS.
FERNAN.....	D. S. GARCIA.
RUY.....	D. J. SANCHEZ.

Guardias y acompañamiento.

La escena pasa en Leon, el año 924 de la Era Cristiana.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y de cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A S. A. R.

EL SERENÍSIMO SEÑOR PRÍNCIPE DE ASTURIAS,

DON ALFONSO DE BORBON.

Señor:

El mismo dia en que tuve la honra de conocer á V. A. S., S. M. la Reina vuestra excelsa madre se dignó autorizarme para dedicaros mi primera obra dramática. Aun recuerdo su excesiva bondad; y las lisongeras palabras que vuestros augustos padres emplearon para hablar de mis pobres trabajos literarios, son, aunque inmerecidas, el mas alto galardon que por ellos he alcanzado.

Dígnese, pues, V. A. S. acoger con bondad la dedicatoria de este drama, como una débil prueba del profundo amor y reconocimiento del mas humilde de vuestros súbditos.

Señor:

Á los pies de V. A. S.

Luis Mariano de Larra.

Madrid 1.º de Abril de 1866.

669409

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/enbrazosdelamuer2895larr

ACTO PRIMERO.

Salon grande en el palacio de Leon. Muros y arcos de piedra toscamente labrados. Á la derecha del actor una gran puerta practicable. En el foro dos arcos grandes. El de la derecha, da á una galeria practicable en forma de claustro, y el de la izquierda, está cubierto con una gran ventana de vidrios de colores. Cuatro ó seis sillones de baqueta oscura estan repartidos por la escena. Cuando la ventana grande del foro se abre, se vé una gran plaza de la ciudad. Á la izquierda del actor, en primer término, una puerta pequeña practicable. Al final de la galeria deberá haber un centinela. Es de dia y la gran lámpara de hierro que estará colgada del techo, permanece apagada.

ESCENA PRIMERA.

DIEGO, PAJE, FERNAN, RUY.

El primero de pié, paseando: el Paje sentado cerca de la puerta izquierda: Fernan sentado á la derecha, y Ruy apoyado en el quicio de la ventana.

FERNAN. Malas nuevas de Castilla
trajo ayer Lope Almondarez!
RUY. ¿No es ese hermano de Diego

que con don Nuño Fernandez,
Blanco, Porcelos y Anzurez,
murió veinte meses hace
por la mano del verdugo?

FERNAN. (Bajando al proscenio.)
Eslo; y de tan mala sangre
que hoy sirve al Rey de Leon.

PAJE. Si dicen que él tuvo parte
en la muerte de los condes
de Castilla!

DIEGO. (Parándose.) Hay quien añade
que él mismo los trajo á todos.
Temian las malas artes
del rey Ordoño segundo,
y decidieron unánimes
no acudir á su mandato
aunque á córtes los llamase.
En tal apuro, el monarca
de Leon, que de vengarse
en ellos firme propósito
concibió dos años antes,
hizo escribir una carta
á don Lope. El miserable
juraba en ella á su hermano
paz y amor. Ellos, leales
acudieron, y al jurar,
á su rey pleito homenage,
encontraron en Leon
á un tiempo sepulcro y cárcel.

PAJE. ¡Dios de Dios! (Levantándose.)

FERNAN. ¡Fué tal pecado
escándalo á las edades!

RUY. Atajóle Dios la vida
al rey por su accion infame!

PAJE. Mas valiera ¡vive Cristo!
que se la atajara antes!

RUY. Razon tiene el barbilindo!

DIEGO. Mal humorado está el paje!

FERNAN. Fuerza es que calle el rapaz
en donde los hombres hablen!

PAJE. Vuélveme á hablar de ese modo,
y la Vírgen no me ampare

si no te pruebo que pueden
hablar tambien los rapaces!

RUY. (Le enojaste sin motivo!) (Ap. á Fernan.)

PAJE. Por el alma de mi padre,
que para hacerlo, le sobra
á mi corazon coraje!

FERNAN. Y eso basta?

PAJE. Mucho menos
me ofendió Pedro Velasque,
y bien, mordiendo la tierra,
perdon me pidió cobarde!

RUY. ¡No sino andaos en chanzas
con el pajecillo!

DIEGO. ¡Diantre!
verdad dice? (El Paje se sienta otra vez.)

RUY. Hará ocho dias
que absortos nos dejó el lance.
Probábamos el caballo
de Fortun, y quiso el Paje
contra la opinion de Pedro
ser el primero en montarle.
«Cuando la barba te crezca,»
díjole Pedro arrogante,
y el mozuelo con entrambas
manos al cuello agarrándole
derribólo, y si no acuden
allí el corazon le parte!

DIEGO. (Con fingida indiferencia.)
Qué edad tiene?

RUY. De diez años
le dejó solo su padre,
que murió en la feliz toma
de Talavera. De esto hace
siete en el Otoño próximo...

DIEGO. Y bien le abona la sangre!
Venga, rapaz, esa mano.
(Acercándose al Paje: él se levanta.)

PAJE. Mucho me honrais! (Dándosela.)

DIEGO. No avisaste
mi llegada?

PAJE. Estaba el Rey
con un sabio nigromante.

DIEGO. (Silencio!) (Se separan.)
FERNAN. Y qué hay de Castilla?
RUY. Dicen que en Burgos se hace
grandes aprestos de guerra.
FERNAN. Querrán que cesen las paces
con los moros de Toledo
sin duda. No son bastante
(Diego continua paseándose y dando señales de impaciencia. El Paje le observa.)
poderosos en Castilla
para pretender lanzarse
sobre Leon.
DIEGO. (No se mueven!)
PAJE. (Qué quereis?) (Con rapidez á Diego.)
DIEGO. (Haz que se marchen!)
PAJE. Quien puede daros noticias
es Mosen Beltran, el fraile
que ha venido con don Lope.
(Acercándose á la ventana del foro.)
DIEGO. Cierto! (El Paje abre la ventana.)
PAJE. Un cuarto de hora no hace
que estaba al pié del alcázar,
y le asediaban... Miradle!
(Fernan y Ruy se acercan á la ventana.)
FERNAN. Aun está!
RUY. Cuál le rodean!
PAJE. No hay duda! algo nuevo sabe!
FERNAN. Quédate! Pronto subimos.
PAJE. Aquí espero!
DIEGO. Dios os guarde!
RUY. No venís?
DIEGO. Cumplo las órdenes
del Rey.
FERNAN. Os mandó esperarle?
DIEGO. Sí tal!
FERNAN. Adios, Diego Vela.
DIEGO. Fernan, que él os acompañe.
(Fernan y Ruy se van por la galeria. Diego y el Paje aguardan á que desaparezcan para acercarse el uno al otro.)

ESCENA II.

DIEGO VELA, el PAJE.

DIEGO. Gracias al cielo!
PAJE. (Con rapidez.) Qué ocurre?
DIEGO. Nadie mi presencia sabe
en Leon, mas que vosotros!
PAJE. Sabeis que tres meses hace
el Rey mandó pregonar
vuestra cabeza!
DIEGO. Muy grave
debe ser el motivo
de mi vuelta!
PAJE. No me atañe
saberle. Mandad.
DIEGO. Has dicho
que me conoces...
PAJE. Á nadie!
DIEGO. Has hecho bien!
PAJE. Diego, ¿es cierto
que don Alfonso y su madre (Con temor.)
perdidos y acorralados
no encuentran quien los ampare?
DIEGO. Es cierto!
PAJE. (Conmovido.) Príncipe mio!
DIEGO. Apenas murió su padre,
el Rey don Ordoño, todos
los leoneses leales
juramos al niño Alfonso
por nuestro Rey.—Ya era tarde,
que su tio don Fruela,
seguido de sus secuaces,
por la fuerza de las armas
logró en Leon coronarse.
Muchos fuimos los vencidos,
pero no eramos bastantes
para arrancar la corona
al usurpador...
(El Paje se separa de Diego y aplica el oido á la puerta izquierda. Mira con temor á todos lados y ha-

ja con rapidez cerca de Diego.)
Qué haces?

PAJE. Don Fruela vive siempre (Bajando la voz.)
espiando en todas partes
á todos cuantos le sirven;
ni una seña sola es fácil
que se cruce entre dos hombres
y á su mirada se escape.
Siempre cercado de guardas,
omnipotente y cobarde,
tiene miedo hasta del sueño,
que teme no despertarse.
Todos los que habeis seguido
con las armas al infante,
á muerte estais sentenciados.
Velez, Belchides, Atares,
los mismos hijos de Olmundo,
todos han muerto!... Incansable
don Fruela en perseguir
á don Alfonso y su madre,
ha dispuesto que los pueblos
que á los rebeldes amparen,
sean presa de las llamas
y que sus campos se talen.
No hay salvacion para ellos,
no quiere ampararlos nadie,
y como fieras batidas,
vagan hambrientas y errantes.
Si vos los habeis seguido
tan leal á todas partes,
qué buscais mas que la muerte
al pisar estos umbrales?

DIEGO. Un golpe desesperado.

PAJE. Idos! tal vez sea ya tarde!
buscad amparo en Castilla...

DIEGO. Mientras ellos mueren de hambre?...
Nuño!... (Con amarga reconvencion.)

PAJE. Diego!... (Sincerándose.)

DIEGO. Don Ordoño
te recogió; tú jugastes
con Alfonso y con Ramiro,
sus hijos; tú los miraste

huir de su propia casa;
doña Elvira, nueva madre
fué para tí, y si en Leon
quisieron que te quedases,
fué por no exponerte solo
de una guerra á los azares.

PAJE. No soy ingrato!... Mi vida,
mi aliento, toda mi sangre
es suya: pero si vos
socumbis ¿quién podrá darles
su misma capa por lecho,
por escudo su cadáver?
¿Qué esperais de don Fruela?
¡Compasion! No logró nadie
inspirársela ..

DIEGO. Mi empresa
es mas absurda y mas grande.
Estamos perdidos, Nuño,
y en tan apretado trance
no existe recurso humano
que de la muerte nos salve.
Mi plan es loco, insensato,
yo mismo tiemblo al pensarle;
pero aunque imposible y todo,
si Dios me ayuda ¿quién sabe?

PAJE. Volveos, Diego, volveos! (Suplicante.)

DIEGO. Me ha traido irrevocable
resolucion.—Imposible!

PAJE. (Interrumpiéndole con ansiedad.)
Silencio!...
(Se asoma á la ventana y baja al proscenio.)
Lope Almondarez
sube! Si os vé sois perdido.—
Esperad que solo se halle (Con rapidez.)
el Rey.—Yo os daré el aviso.

DIEGO. Dónde?...

PAJE. Tomad esta llave; (Se la da.)
mi cuarto está aquí, el primero
del corredor!
(Señalando la derecha del claustro; le acompaña rápidamente hasta el foro; Diego se va por donde le indica el Paje, y este vuelve al centro de la escena

agitado y temeroso.)
(¡Dios le salve!)

ESCENA III.

El PAJE, D. LOPE, que viene por la galería.

PAJE. ¿Cual será su plan? Su pérdida
es segura, apenas le hallen
indefenso!... ¡Oh! que no advierta
el temor en mi semblante!
(Procurando dominar su turbacion.)
LOPE. ¡Dónde está el Rey?
PAJE. En su cámara
con el médico.
LOPE. Qué haces
aquí solo?
PAJE. Ruy y Fernan
de bajar acaban!
LOPE. (Señalando á la puerta de la izquierda.)
Abre!
PAJE. (Al dirigirse á la puerta para abrirla, esta se abre por dentro.)
No es necesario!
(El Paje se coloca en el umbral: D. Lope se queda en medio de la escena: sale por la puerta el Rey mirando á todos lados.)
LOPE. (Adelantándose.) Señor...
¿cómo estás?
REY. (Hace una seña para indicar que sigue mejor. Se apoya en la mesa.)
Vete! (Al Paje.)
(Acompáñame)
(Á D. Lope para que le dé el brazo.)

ESCENA IV.

El REY, D. LOPE.

LOPE. ¿Cómo se siente su alteza?
REY. Mejor! acerca una silla.
(Lope acerca el sillon y el Rey se sienta. Pausa.)

(D. Fruela mira á D. Lope fijamente.)
¿Es cierto lo de Castilla?

LOPE. Señor!... (Inclinándose.)

REY. Mal el dia empieza!

LOPE. Fundados en la traicion
que en sus condes llegó á usarse,
no quieren ya sujetarse
á los reyes de Leon.
Y aunque tú culpa no tienes
de lo que hizo el rey tu hermano,
dice el pueblo castellano
que por rey no le convienes.

REY. Sigue. (Con calma aparente.)

LOPE. El pueblo reunido
sin condes gobernadores,
por sus únicos señores
á dos jueces ha elegido.
El uno es Nuño Rasura,
tiene partidarios miles,
y en los negocios civiles
ser justiciero procura.
Y es el otro Lain Calvo,
señor de villas y tierras,
que de sucesivas guerras
piensan que los ponga á salvo.
Roto ya el pleito homenage
que al rey de Leon prestaban,
esos dos jueces acaban
de negarte el vasallaje;
y dicen que aunque la saña
teman de pueblos contrarios,
no quieren ser feudatarios
de ningun reino de España.

REY. ¿Con que es decir que esa gente
á Fruela no se humilla?
¿Con que es decir, que Castilla
se declara independiente?

LOPE. Sí tal!

REY. Si esta fiebre lenta
logro vencer algun dia,
su independiente alegria
tengo que tener en cuenta.

LOPE. Deja ya ese reino ajeno
y á tu salud solo mira.
REY. ¿Crees que estoy malo? Mentira!
nunca me sentí tan bueno!
¿Quién excita mis enojos
(Con furor reconcentrado.)
que no encuentre su castigo?
Nómbrame á alguno y me obligo
á abrasarle con mis ojos! (Pausa.)
¡Malas nuevas has traido!
LOPE. Lo que tú ordenes haremos.
REY. En nuestro pueblo pensemos (Con ironia.)
ya que el otro hemos perdido!
¿Dónde mi sobrino amado
con doña Elvira se esconde?
LOPE. Todos ignoran adónde
pueden haberse ocultado.
Con tu mandato cumpliendo
los pueblos por donde pasan
los fugitivos, se arrasan.
REY. Ahí tienes lo que no entiendo!
En la casa donde entran
ni un leonés queda vivo!
Siempre noticias recibo
de que nuevo albergue encuentra!
LOPE. Tú, señor, la culpa tienes,
que aumentas los desleales.
REY. ¿No dí muerte á sus parciales?
¿no les confisqué sus bienes?
LOPE. En que eres débil me fundo.
REY. Cuando Olmundo se llevó
al niño Ramiro, yo
maté á los hijos de Olmundo,
y allí donde son habidos
los pocos que aun me hacen guerra,
arrastrados son por tierra
y sus trozos divididos.
¿Cómo de su rey tirano
burlar saben la intencion?
LOPE. Aun es obispo en Leon
Fruminio, de Olmundo hermano.
Él á sus siervos concita

á que ayuden al infante,
y él en rebelion constante
contra tí, su muerte evita.
El vulgo supersticioso
da á sus palabras oidos,
y sobran inadvertidos
que le admiran poderoso.

REY. Es ministro del altar (Con temor.
y es muy cristiana la plebe.

LOPE. Por eso mismo no debe
á traidores ayudar.

REY. Téngole miedo! (Bajando la voz.)

LOPE. (Sorprendido.) Tú!

REY. Yo!

LOPE. Oh! si él sabe tu flaqueza!...

REY. Recuerda con qué entereza
mi enfermedad me anunció!
Llamó al cielo contra mí,
y aterró mi corazon.
(El Paje anuncia desde el foro.)

PAJE. El obispo de Leon!
(El Rey se levanta rápidamente)

LOPE. Tu alteza... (Queriendo retirarse.)

REY. (Con rapidez y en voz baja.) (Quédate aquí.)
(Vuelve á sentarse el Rey. D. Lope se coloca á su izquierda, de pié. El Obispo entra por el foro. El Paje se retira.)

ESCENA V.

El REY, D. LOPE, FRUMINIO.

FRUM. ¡Guárdeos, señor, el cielo!

REY. ¿Qué me quieres?

FRUM. Me han dicho que tu alteza,
sabiendo que el infante don Alfonso
en Órvigo pasó toda una noche,
ha mandado matar á tres mujeres
que le dieron abrigo en su cabaña!

REY. Cierto es el caso!

FRUM. (Sorprendido.) Cierto!

REY. ¿Qué te extraña?

¿No sabe ya en Leon noble y vasallo
que todo el que dé amparo á los rebeldes
ha de sufrir de mi justicia el fallo?

PRUM. ¿Qué entienden las mujeres, rey Fruela,
de órdenes reales y mundanas leyes?
Solo una madre vieron
que amparo las pedia,
y lumbre, y lecho en que dormir la dieron.

REY. ¡Quien ofrezca su techo hospitalario
á los que atentan á mi real persona
no esperen compasion! (Con furor.)

FRUM. (Reconcentrado y terrible.) Ni tú la esperes
cuando llegues envuelto en tu sudario
al trono del Eterno, sin corona!

REY. Fruminio!

FRUM. Sí! La sangre derramada
por los valientes hijos de mi hermano;
la de esos mil á quien tu saña quema
porque dan al infante su guarida,
en eterno y fatídico anatema
salpicará tu frente maldecida.

REY. Fruminio! (Fuera de sí.)

FRUM. Me has de oir hasta que acabe!
Pon las manos en mí! Corta mi cuello,
y maldito de Dios y de los hombres
pon con mi muerte á tu crueldad el sello!
Pero primero escucha
lo que mi voz te anuncia poderosa!
Ese niño á quien temes
y cuya imágen sin cesar te acosa,
ceñirá de su padre la diadema,
que tú le has usurpado
de tu torpe ambicion aconsejado!

REY. (Levantándose fuera de sí.)
No será ¡vive Dios! mientras yo aliente!
Yo soy Rey de Leon! y tú, insensato,
que audaz me desafias,
pon en tu impia lengua una mordaza,
si es que deseas prolongar tus dias!
¿Quién no tiembla á mi voz? Todos me llaman
don Fruela el crüel! ¿No has comprendido,
obispo de Leon, hace ya tiempo,

que vives solo porque yo he querido?

FRUM. ¿Por qué tiemblas entonces?

REY. (Retrocediendo.) Yo!...

FRUM. ¡Tu mano,
que en balde escondes en tu propio seno,
temblando por la fiebre
comunica á tus venas su veneno!

LOPE. Basta!...

REY. Basta, por Dios! Fruminio, parte
de Leon para siempre desterrado,
y no traigas jamás á mi memoria
que la vida tu rey te ha perdonado!

FRUM. Nunca has sido mi rey.—Alfonso cuarto
y su hermano Ramiro solamente
son reyes de Leon!

REY. Basta, Fruminio!

FRUM. Y á ellos tan solo doblaré la frente.

REY. Otras mas poderosas
supo doblar el hacha del verdugo,
y tú vives aun!... Huye!

FRUM. Tu acento
mal oculta el terror que te domina
y que en suspiros mil lanzas al viento!
No hay perdon para tí! Desde este instante
la maldicion de Dios irá contigo
escrita en tu semblante!
Huir verás de tí siervo ó amigo...
nadie en el mundo te tendrá por dueño,
y al buscar en el lecho tu descanso
nunca vendrá á tus párpados el sueño!
Desnudo, hambriento, abandonado y solo,
no caerá sobre tí ni una mirada,
y morirás envuelto en los harapos
de tu púrpura real ensangrentada!
¡Adios, rey de Leon! Solo yo entonces
vendré á ayudarte en tu terrible duelo!
y á murmurar mil veces en tu oido
que es infinita la piedad del cielo!

(El Rey queda aterrado. D. Lope permanece inmóvil. Fruminio se va por la galeria. Gran pausa.)

ESCENA VI.

El REY, D. LOPE.

REY. No es verdad cuanto me ha dicho
ese hombre; ese hombre está loco!...
No es cierto, Lope?...
LOPE. (Con fingida serenidad.) Seguro. .
REY. Tú apartas de mí los ojos?...
LOPE. No tal!... (Turbado.)
REY. ¡Ay del miserable
que no me mire hoy al rostro!
LOPE. Señor!... tu alteza delira;
ese es el lenguaje propio
de Fruminio.—Tu bondad
tiene la culpa de todo.
REY. ¿Y esta fiebre que me abrasa?...
LOPE. Ese médico famoso
que el rey de Navarra amigo
te ha enviado...
REY. Mas de astrólogo
que de médico presume;
dice que va á hacer mi horóscopo!
LOPE. Y... nada mas?
REY. Nada mas!
LOPE. No de tu pecho medroso
hagas caso!...
REY. (Reflexionando.) ¡La corona
me ha de arrebatar Alfonso?
Por tenerle entre mis manos
diera todo mi tesoro!
Parte de Leon al punto
con cien caballos!
LOPE. Yo!...
REY. Pronto!
Mata á mata; piedra á piedra
recorrerás los contornos
de Mansilla y de Cifuentes,
Eslonza, Quintana y Órvigo.
Muerto ó vivo necesito
al infante!... Todo el oro

que ambicione el que lo prenda
será suyo, y si yo logro
verle en mi poder un dia,
de placer me vuelvo loco!

LOPE. Ya sabes que siempre encuentran
un asilo generoso...

REY. ¡No vuelvas sin él, don Lope,
ó de mi ira no respondo!

LOPE. Yo...

REY. Basta... No vuelvas nunca
sin Elvira y don Alfonso!

(D. Lope se va por la galeria. El Paje aparece por el foro derecha, y baja al proscenio cuando D. Lope ha desaparecido del claustro.)

ESCENA VII.

El REY, despues el PAJE.

REY. Aun en mis oidos zumba (Se sienta.)
aquel augurio espantoso...
«Morirás ensangrentado,
»hambriento, desnudo y solo,
»y ese niño arrancará
»la púrpura de tus hombros!...»
Ay de mí! ..

PAJE. Señor!...

REY. (Sorprendido.) ¿Qué pasa?
qué quieres?

PAJE. Llegó hace poco
un caballero, y pretende
hablarte... (Pausa.) ¿Qué le respondo?

REY. Quién es?

PAJE. Ni ha dicho su nombre
ni yo, señor, le conozco.
Dice que es muy importante
su objeto: que llega de Órvigo
y hablarte en secreto quiere.

REY. (Oh! puede ser que de Alfonso
traiga noticias seguras!...)
Hazle entrar... pero no solo.
(El Paje se va por el foro derecha.)

Si asi fuera!... si hoy al cabo
viera para siempre roto
ese obstáculo perpétuo
que se opone á mi reposo,
quién mas feliz?...
(Mientras el Rey dice lo anterior, han entrado por el foro el Paje y Diego, precedidos de dos guardias. Diego se quita la espada en el dintel y se la da á uno de los soldados. El Paje se pasea por la galeria. Diego baja al proscenio y se arrodilla delante del Rey, que le reconoce y exclama;)
¡Diego Vela!

ESCENA VIII.

EL REY, DIEGO VELA.

DIEGO. Yo soy!
REY. Crédito á mis ojos
no quiero dar! Tú en Leon!
DIEGO. Y á vuestros pies!...
REY. (Con alegria.) Al fin logro
de un puñado de rebeldes
ver al caudillo famoso!
Habla!... que mucho te fias
de mi bondad, pues tú propio
te entregas hoy indefenso
á mi justicia y mi odio!
DIEGO. Señor, sin armas me tienes,
y mi vida importa poco,
si hago feliz á una madre
y hago á mi rey generoso.
REY. Te escucho!
DIEGO. Sin duda alguna,
pues Dios nos ha vuelto el rostro,
la razon en esta guerra
no la tenemos nosotros.
Ya han muerto los defensores
del infante don Alfonso,
y él y su madre no encuentran
ni caudillos ni socorros.
La casa que los oculta

de sus contrarios furiosos,
cae, al dueño que la ofrece
sepultando en sus escombros.
Y doña Elvira, la viuda
de tu hermano el rey Ordoño,
mendiga de puerta en puerta
el pan que la niegan todos.
Ya no quiere ella que cueste
mas sangre aspirar á un trono
que la fortuna ha hecho tuyo
dándote su amparo próspero,
y la paz vengo á pedirte,
rey de Leon poderoso,
con desaliento en el alma,
con lágrimas en los ojos.

REY. ¡Al fin por rey de Leon
me reconoceis vosotros,
hoy que cual fieras errantes
vagais por estos contornos!
¡La paz!... y ¿qué á mí la guerra?
Si tú que eres hoy el solo
defensor de mis sobrinos,
no vuelas á su socorro
y das tu cuello al verdugo
en un cadalso afrentoso..,
¿Qué hará la reina mañana?

DIEGO. ¡Tal vez morir!

REY. De ese modo
¿qué pretendes?...

DIEGO. Que te admiren
vencedor y generoso!...
Que perdones al rendido,
y que como rey católico
hallen amor en tus brazos
de tu sangre los retoños.

REY. ¡Amor!... ¿quién me le ha tenido?
Si solo sembrasteis odios,
de vuestra triste cosecha
no echeis la culpa á los otros.
Acabemos; ¿qué pretendes?

DIEGO. Admirarte poderoso
y vencidos entregarnos

al pié de tu mismo trono.

REY. ¿Tanto de Fruela fias?

DIEGO. ¿Qué has de hacer contra nosotros
si doña Elvira y su hijo
renuncian desde hoy á todo?
La paz vengo á proponerte.

REY. Está bien; ya que tú propio
entregándote indefenso
has venido á darme asombro;
ya que su perdon me piden
y asi desarman mi encono;
ya que á su mismo enemigo
le piden amparo próspero,
no quiero valer yo menos
que un rebelde. Te perdono,
Diego Vela, y paz te ofrezco.
No quiero mirar tampoco
correr mas sangre enemiga.
Busca á los rebeldes pronto,
y paz y amor para siempre
juraré á la faz de todos.
Escribe: voy á dictarte...

DIEGO. Será verdad?

REY. Hazlo pronto,

(Diego se acerca á la mesa, donde habrá pergaminos y un tintero grande de la época, y escribe lo que el Rey le dicta. D. Lope entra por la galeria y se queda cerca de la ventana, sin ocultarse del Rey. Fernan y Ruy aparecen en el fondo de la galeria. El Paje sigue cerca de la puerta.)

que pudiera arrepentirme
si haces que lo piense un poco.
(Dictando.) «Don Fruela segundo, Rey de Leon
»y de Asturias.
»Por esta mi real cédula, concedo perdon
»completo á todos aquellos de mis vasallos
»que hasta hoy hayan tomado contra mí las
»armas á favor de mis sobrinos Alfonso y
»Ramiro, á quienes, asi como á su madre
»doña Elvira, quiero recibir en mi propia
»casa, prometiéndoles para siempre paz y
»olvido.»

DIEGO. Ya está, señor!
REY. (Quitándose la sortija.) Ten mi sello
y ponle tú mismo. (Diego lo hace.)
LOPE (Bajando.) ¡Cómo!
Tu alteza perdon concede
á los rebeldes?
REY. Á todos!
(El Paje ha entrado; bajan por la galeria Fernan y Ruy y entran tambien en la escena, colocándose cerca de la puerta.)

ESCENA IX.

DICHOS, LOPE.

LOPE. ¿Qué es esto? (Sin poder dominar su sorpresa.)
REY. Que es hoy el dia,
Almondarez, mas dichoso
de mi reinado. Tú mismo
del perdon que les otorgo (Á Diego)
sé portador, y que vuelen
á mis brazos!
LOPE. De mi asombro
no puedo salir!
REY. (Á D. Lope.) Que sepa
la ciudad y el reino todo
mi decision, y que vuelvan
á la calma y al reposo
de su hogar los desterrados:
ábranse los calabozos
del alcázar; libres sean
los que persiguió mi encono,
y con fiestas se celebre
este dia venturoso!
DIEGO. Dios bendecirá á tu alteza
desde su celeste trono.
No está, como tú creias,
doña Elvira oculta en Órvigo,
sino en Leon.
REY. (Aquí mismo!)
Corre pues!
DIEGO. Dentro de poco

podrá estar en tu presencia.

REY. Diego Vela, yo te otorgo
su guarda. Tu espada toma,
(La coge del centinela y se la da.)
y desde ahora te nombro
conde de Mansilla.—Lope! (Diego se inclina.)
salgan los pregones pronto,
y los nobles de mi reino
acudan al punto todos,
que viene á honrar mi palacio
la viuda de don Ordoño.

DIEGO. Parto, señor! (Váse por la goleria.)

LOPE. Tú, Fernan,
(Dándole un pergamino.)
cumple la órden!

FERNAN. (Yéndose por la galeria.) (¡Milagroso
cambio!)

PAJE. (¡Imposible parece!)

RUY. (¡No es creible!)

LOPE. (¡Estoy absorto!)

DIEGO. (¡El triunfo es nuestro!)

REY. (Dios mio!
que no vuelva otra vez solo!)

ESCENA X.

REY, LOPE, PAJE, RUY.

REY. (No puedo mas!)
(Dirigiéndose á la mesa y sentándose.)

LOPE. (Acercándose á él.) Pero es cierto,
señor?...

REY. Qué te causa asombro?

LOPE. Esa cédula...

REY. Ya basta
de sangre, de guerras y odios.
Aunque hasta hoy cruel he sido,
fué por defender mi trono;
si nadie me le disputa,
¿por qué no ser generoso?

LOPE. El augurio de Fruminio
ha causado tal trastorno
en tu razon...

REY. Hoy la tengo,
yo hasta ayer estaba loco.
LOPE. Mas al saber que se ocultan
en Leon; si Diego propio
á entregársete ha venido,
qué mas triunfo? Poderosos
son tus sobrinos si viven;
si los perdonas, á poco
verás á sus partidarios
atentar á tu reposo,
y comenzar nueva guerra
de tu misma casa en torno.
REY. Los mártires siempre excitan
compasion. En su abandono (Con ironia)
mil partidarios tendrian...
felices ya... ni uno solo!
LOPE. Pero y si Olmundo volviera
con Ramiro?...
REY. Eso ambiciono. (Con placer.)
Todos aquí!
LOPE. ¿Quién te dice
que sorda bajo tu trono
no puede la tempestad
formarse?... No te conozco!...
REY. (Levantándose y en voz baja.)
¡Imbécil! nada te han dicho
la alegria de mi rostro,
la sonrisa de mis labios,
las miradas de mis ojos?
Crees que no he comprendido
que al entregarse ellos propios,
traidores un plan ocultan
hipócrita y espantoso?
Crees que yo no adivino
que gime á mis plantas sordo
el volcan que me preparan
si yo su trama no estorbo?
Todos aquí ¿me preguntas?
Todos aquí te respondo.
Si en la cueva del leon
entran los hambrientos lobos,
déjale al rey de las selvas,

que él dará cuenta de todos!...

LOPE. Ah! (Sorprendido y con intencion.)

REY. Paje! ve y que preparen (En voz alta.)
un aposento suntuoso
para mi hermana y su hijo.
Las joyas y los adornos
de la estancia de mi esposa
haz colocar en el otro,
que mientras está la reina
en romeria al Apóstol
con mis hijos, doña Elvira
manda aquí como yo propio.

PAJE. (Mudanza increible es esta!) (Con duda.)

REY. Ves, Lope? ya nada noto
en mí!... La fiebre ha cedido...
(Se abre la puerta de la izquierda y aparece Isaac. El Paje se va por ella.)
Isaac!
(El Rey hace seña á Lope para que se vaya y á Isaac para que se acerque. El primero se retira por la galería.)

ESCENA XI.

El REY, ISAAC.

REY. ¿Hiciste el horóscopo?

ISAAC. Aquí está escrito. (Dándole un pergamino.)

REY. ¿Y qué es esto?

ISAAC. Signos son!

REY. ¡Pobre es tu ciencia!

ISAAC. Como lo es la inteligencia
humana!

REY. Fútil pretexto!

ISAAC. Signos sobrenaturales
son, señor, que no penetras.

REY. Podrán acaso estas letras
prestar alivio á mis males?

ISAAC. Tal vez hallará consuelo
hoy tu enfermedad en ellas.
Lo que dicen las estrellas
es siempre aviso del cielo.

REY. (Examinando el pergamino.)

Veo en este pergamino
una corona caida,
y al lado un águila herida.
Qué es esto, Isaac?

ISAAC. Tu destino.

REY. ¿Es segun eso fatal?

ISAAC. En triste signo naciste!

REY. Ser veraz me prometiste!

ISAAC. Lo soy, pues te anuncio el mal.

REY. Dame respuesta cumplida
que es lo que mi alma ambiciona!

ISAAC. Por no perder la corona
perderás corona y vida.

REY. ¿Y quién derecho te dió
para consultar mi estrella?
si al mundo entero y á ella
no he de tener nunca yo?
Harto del destino sé
y entre sus brazos me duermo:
no como rey, como enfermo
á mi lado te llamé!
Pide á la tierra consuelo
para mi tenaz dolencia,
y no se atreva tu ciencia
á los designios del cielo!
Una medicina extrema
búscame que ponga tasa
á este fuego que me abrasa,
á esta fiebre que me quema.
Un filtro que quite al pecho
este dolor que le parte,
una bebida que aparte
el insomnio de mi lecho;
torna el color á mi faz;
calma el dolor que me aqueja
en las entrañas, y deja
á las estrellas en paz!

ISAAC. Plantas mil el suelo encierra
y no hay inútil ninguna
á la ciencia; cada una
tiene su objeto en la tierra,
porque con sábia medida

Dios puso en distinta mata
junto al veneno que mata
la planta que da la vida!
(El Rey le mira fijamente.)

REY. ¿Y tú sabes distinguir (Con intencion.)
esas plantas que dan muerte?

ISAAC. Sí tal!

REY. ¿Y las hay de suerte
que hacen al punto morir?

ISAAC. Ciertamente.

REY. ¿Sin dejar
tras de sí rastro ninguno
por el cual pudiera alguno
la ponzoña adivinar?

ISAAC. Solo la ciencia podria
afirmarlo con certeza.

REY. ¡Mucho á interesarme empieza
tu saber!...

ISAAC. (Con intencion.) Lo presumia.

REY. Por qué?

ISAAC. Porque nadie es tibio
si de su salud se trata!
y en el veneno que mata
está tambien el alivio.

REY. Tal vez. (Ruido y voces dentro.)
Pero ese rumor!...

ISAAC. (Acercándose á la ventana y mirando.)
El pueblo acude en tropel
al alcázar.

REY. Y con él
viene el remedio mejor.

ISAAC. Alegre tu alteza ahora
de su enfermedad se olvida.

REY. Tal vez me darás la vida
mañana al rayar la aurora.

ISAAC. Si quieres vencer tu estrella
muy fácil lo considero.

REY. En mi cámara te espero!

ISAAC. Vendré, señor.

REY. Sal por ella!
(El Rey le indica la puerta de la izquierda é Isaac se va por ella.)

ESCENA XII.

EL REY, DOÑA ELVIRA, ALFONSO, DIEGO, LOPE, FERNAN, RUY, nobles, caballeros, soldados.

Despues de un rumor grande, entran por la galeria nobles, guardias y caballeros. Dos centinelas se colocan en la puerta, los demas entran y se reparten por la escena. Doña Elvira y Alfonso cruzan todo el claustro y llegan al proscenio, seguidos de Diego Vela, el Paje, Fernan y Ruy. El Rey espera con D. Lope á su izquierda. Doña Elvira quiere arrodillarse y el Rey no se lo permite. Alfonso permanece de pié, al lado de su madre. Gran silencio. El traje de Elvira y Alfonso debe ser pobre en extremo.

REY. Alzad! Ni una palabra, hermana mia!
Todo queda olvidado;
borremos pues de la memoria nuestra
el recuerdo fatal de lo pasado.
La paz encontrareis en mi morada
y el bienestar tranquilo.
(Dirigiéndose á todos.)
Sabed que de las prendas de mi hermano
es ya mi casa inviolable asilo.

ELVIRA. Gracias, señor!... Tal vez los que vertieron
por nuestro amor su sangre generosa
maldigan esta paz que te he pedido;
mas soy madre tambien y nadie ignora
todo lo que por ellos he sufrido.
Cuántas noches oculta en los breñales
del alta sierra y temeroso monte,
sin que nadie mi vida defendiera
á las fieras robé para mi hijo
su hedionda y pavososa madriguera!
Cuántas, señor, tambien, sin otro techo
que la bóveda azul fria y serena,
calenté con suspiros de mi pecho
de mi hijo la faz, de escarcha llena!
Sangre vertí de defensores mios
por donde quiera que guié la planta,
y de tanto cadáver insepulto

aun el recuerdo aterrador me espanta!
Guarda tú para tí del alto trono
la enorme pesadumbre
que con placer inmenso te abandono.
Deja que en pobre aldea y escondida
vivir libres podamos,
sin que aquel que nos ceda su cabaña
llegue á perder su generosa vida
que al penetrar en ella amenazamos.
Deja que pueda con mis hijos tiernos
cruzar alegre el encinar vecino
del mundo y de los hombres olvidaba,
y mirarlos correr tendiendo al viento
su hermosa cabellera desrizada.
Basta ya! basta ya! la estéril guerra
cese que tanto tiempo
asoló de Leon la hidalga tierra;
y pues Dios con su mano omnipotente
tocó tu corazon, y amor y amparo
nos brindas generoso, (Conmovida.)
yo ante el Rey de Leon, doblo la frente!

ALF. (Madre!)

ELVIRA. (Silencio, Alfonso!)

REY. Alzadla sin temor! mas duradero
será desde hoy nuestro fraterno lazo;
que Dios bendice mi perdon sincero
sellado para siempre en este abrazo.
(Abraza á Doña Elvira un momento.)

ELVIRA. Alfonso!... (Indicandole que se acerque al Rey.)

ALF. Madre mia!...

ELVIRA. Ven á abrazar al Rey...
(Alfonso permanece inmóvil.)

REY. Nunca se manda
al corazon, y el suyo aun no me quiere!
No enseñeis á fingir al pobre niño!
Él me querrá despues, cuando conozca
lo sincero y leal de mi cariño!
Seis millas mas de tierra (En alta voz.)
donar quiero á la Iglesia de Santiago
por la terminacion de nuestra guerra!
(Murmullo de aprobacion en todos.)

PAJE. (El Paje se adelanta y Alfonso se alegra al verle.)

ALF. Nuño!...
NUÑO. Señor.
(Acercándose y besando la mano á Alfonso.)
REY. (Á Elvira.) Le conocia?
ELVIRA. Se ha criado con él y con su hermano!
REY. Á su servicio está desde este dia.
Escribe á don Olmundo, (Á Lope.)
que perdonado está; que venir puede
á que yo le conozca
con Ramiro á Leon, donde le esperan
los brazos de su madre cariñosa!
ELVIRA. ¡Dios te premie, señor, este momento
único de placer que en tantos dias
de luto y de dolor, experimento!
REY. Id pues á reposar: joyas y galas
prevenidas teneis; mis servidores
vuestros son desde ahora,
y todos os tendrán en el alcázar,
como yo, por su reina y su señora!
(Coge á Alfonso de la mano y se acerca al balcon, que abre de par en par, asomándose con él. Lope que se ha acercado con ellos, grita.)
Viva el Rey de Leon!
DENTRO. (Todo el pueblo.) Viva!
REY. (Vuelve al proscenio.) (El primero
que escucho en mi reinado
de mi noble ciudad alborozada!)
Qué hermoso es el rapaz!
(Entregando á Elvira Alfonso.)
PAJE. (Mirando al Rey.) (Brilla en sus ojos
mas que nunca su hipócrita mirada!)
ELVIRA. Gracias, señor!... ¡Inmensa es mi alegria!
¿Hijo del corazon! (Conmovida.)
ALF. (Abrazándola.) ¡Madre adorada!
(Pausa. Lope quiere acercarse para conducirlos. El Rey le detiene diciéndole con feroz intencion.)
REY. (Déjalos que se abracen todavia!)
(Cuadro final. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon pequeño en el alcázar de Leon. Escena mucho mas recogida que en el primer acto. Una puerta á la derecha del actor en primer término: otra grande en el foro que da á una gran meseta de escalera. Sillones grandes de la época. Un reclinatorio á la derecha del actor, en el lienzo de la pared en primer término, y una gran banqueta baja de terciopelo carmesí con adornos de encina ó roble, en la escena á la derecha, y tambien en primer término. En el lienzo de la pared de la izquierda en el centro una gran panoplia con armas. En primer término una puerta: y en tercero una ventana grande. Lámpara de hierro apagada, que cuelga del techo. Sobre el reclinatorio un crucifijo de marfil.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELVIRA, sentada en un sillon alto al lado de ALFONSO, que está casi echado en la banqueta.

ELVIRA. ¿No duermes, Alfonso?
ALF. En vano
mis ojos cerrar intento.
ELVIRA. Qué sientes?
ALF. No lo sé, madre.
ELVIRA. Quieres algo?

ALF. Nada quiero.
ELVIRA. Sin dormir toda la noche
has pasado. ¿Estás enfermo?
ALF. Te he visto pasarla en vela;
no habré dormido por eso.
ELVIRA. En este alcázar naciste
y estas paredes oyeron
entre mis dolientes ayes
tu primer vagido tierno.
¿Cómo quieres que mis párpados
pudiera cerrar el sueño
si fija estaba mi alma
en mas venturosos tiempos?
ALF. Nunca los he conocido.
¿Cómo he de echarlos de menos?
Niño, ha sido mi palacio
la tienda de un campamento,
mi cama las peñas duras
y las batallas mis juegos.
He crecido en los combates,
y mi infantil pensamiento
comenzó á entender la vida
entre peligros y riesgos.
Fáltanme años para hombre,
pero tú, mi madre, has hecho
á este corazon de niño
valiente, altivo y enérgico.
Tú que lees en mis ojos
no me preguntes qué tengo,
que siempre te he conocido
de otro modo que hoy te veo.
ELVIRA. Alfonso.
ALF. (Levantándose.) Tú me lo has dicho,
«Cuando en tu palacio entremos
»serás rey: tú en Leon debes
»entrar coronado ó muerto.»
ELVIRA. Calla! (Con temor.)
ALF. (Con extrañeza.) ¿Y eres tú mi madre?
La que he visto veces ciento
alentar á los leales
con su palabra y ejemplo?
Te acuerdas de la jornada

(Bajando la voz.)
de Mansilla? Cien cayeron
en torno mio, y en sangre
anegué mis pies pequeños.
Diego Vela te rogaba,
¿no lo recuerdas? que huyéramos.
¿Qué le dijiste? «Los reyes
que abandonan á los buenos
en la lucha, no son dignos
de que se lidie por ellos,»
y conmigo de la mano
vagabas entre los nuestros,
socorriendo á los heridos
y rezando por los muertos!

ELVIRA. Calla! (Con temor mirando á todos lados.)

ALF. Madre, algo me ocultas;
no se muda en un momento
de condicion, y la tuya
no quiere que mendiguemos
la vida, del asesino
de mi padre y de mis deudos!
No es verdad? Me temes niño
y me lo ocultas por eso?
Habla! Tus ojos lo dicen;
(Con seguridad.)
si son el libro en que leo,
¿qué puede haber en tus ojos
que no haya yo visto en ellos?

ELVIRA. (Atrayéndole á sí y en voz baja.)
Sí! Yo queria ocultarte
este íntimo pensamiento,
que temo que se malogre
por ser, Alfonso, el postrero.
No por miedo de tí mismo,
sino porque es tan inmenso
el peligro, que parece
casi imposible vencerlo.
Aunque niño, la desgracia
te ha amantado á sus pechos,
y es nodriza que da al hombre
temple precoz y sereno!

ALF. Ya te reconozco.—¡Tú

exigirme que contento
abrazara á don Fruela
ante los nobles del reino!
Tú inclinar la altiva frente
al usurpador protervo,
con el corazon tranquilo
y con el rostro sereno!
¡Si era imposible! Mis ojos
no querian darte crédito,
tu misma sangre en mis venas
te estaba ayer desmintiendo!

ELVIRA No habia para nosotros
ni esperanza ni remedio
fuera de Leon; aquí
nuestro peligro es mas cierto,
pero si un dia vivimos
en un dia venceremos.
Fruminio tiene minada
la ciudad; hoy estan dentro
de ella todos tus parciales;
Olmundo, su hermano, fiero
campeon de nuestra causa,
y enemigo el mas acérrimo
de Fruela, por la muerte
que sus dos hijos sufrieron
por nuestra causa, venganza
respira, y llegará presto
á la ciudad disfrazado.
Diego Vela, que exponiendo
ayer su vida, logró
al Rey engañar artero,
cuenta con sus partidarios.
Á una hora, en un momento
dado, y cuando ellos mediten
nuestra muerte, Leon es nuestro!

ALF. Ah! (Con alegria)

ELVIRA. Nadie ayer ha creido
su perdon. Le conocemos
muy bien, pero él de nosotros
no ha sospechado. Creyéndonos
en su poder, la alegria
embargó su pensamiento,

y aun vivimos! Fuera tarde
mañana; pero hoy es tiempo!

ALF. Mas... y si á sospechar llega...

ELVIRA. Oh! no creas que sin eso
nos perdone! Meditando
estará sin duda el medio
de darnos muerte, y si tardan
un dia, ya no hay remedio!
Por eso, Alfonso, he velado
toda la noche en silencio
junto á tí, y he despedido
de mis párpados el sueño!
De todo es capaz Fruela;
y yo que pensaba en ello,
clavé en la puerta mis ojos,
mi mano empuñó este acero:
(Enseñando un puñal que tiene guardado y ocultándole despues en el seno.)
y así he pasado la noche
inmóvil junto á tu lecho.

ALF. Madre mia! (Abrazándola.)
¿Y si mi hermano
viniera?

ELVIRA. No tengas miedo
por él; solo Olmundo sabe
donde está, y si no vencemos,
Ramiro rey de Leon
será; yo te lo prometo!

ALF. Y desde ayer por la tarde,
nada has sabido?

ELVIRA. No tengo
ni una noticia, figúrate
con qué impaciencia la espero.
Ahora bien; si por tu vida,
que no por la mia temo,
comprende, hijo mio, ahora
la causa de mi silencio.
¡Oh! yo nunca la expusiera
á tan inminente riesgo,
si hubiera habido á tu estado
el mas pequeño remedio.
Pero estabamos perdidos,

rodeados, indefensos;
nuestra muerte era segura
sin ningun amparo ajeno.
Si la lucha he preferido
y tú sucumbes por eso,
Dios no me deje la vida
al darme el remordimiento!

ALF. Yo juro ser de tí digno;
tú me has enseñado á serlo,
y mi padre el rey Ordoño
me da valor desde el cielo!
Niño y todo, sin temblar
pondré en el tajo mi cuello,
primero que ante Fruela
roce mi rodilla el suelo.

ELVIRA. Mi hijo y mi rey me perdone
si ya sin valor me encuentro;
pero el momento ha llegado
y soy madre... y tengo miedo!
(Inclinando la cabeza ante Alfonso.)

ESCENA II.

DOÑA ELVIRA, ALFONSO, el PAJE entrando por la puerta del foro, sin descorrer la cortina.

PAJE. (Inclinándose.)
Señora...

ELVIRA. (Sorprendida y procurando dominar su emocion.)
Qué!

PAJE. (Acercándose.) Don Fruela
para entrar en tu aposento
licencia pide, y me encarga
que te reitere su afecto.

ALF. Tú! (Sorprendido al Paje.)

PAJE. Que pueden observarnos,
señor! (Ap. á D. Alfonso con rapidez.)

ALF. Que pase al momento;
mi madre y yo solo somos
sus humildes prisioneros!

ESCENA III.

DOÑA ELVIRA, ALFONSO, el REY, que ha descorrido la cortina y baja al proscenio al oir las últimas palabras de Alfonso. El Paje saluda y se retira por el foro.

REY. No tal, Alfonso!
ALF. (Ap. á Doña Elvira.) (Valor,
madre, que nos está viendo!)
ELVIRA. Señor! (Inclinándose.)
REY. (Colocándose á la izquierda de Doña Elvira. Alfonso está á la derecha de su madre.)
Temprano á fé mia
dejais el lecho! (Con extrañeza.)
ELVIRA. Es costumbre!
REY. Apenas del sol la lumbre
ha anunciado el nuevo dia!
ALF. Y estais en pié!
REY. (Con sonrisa irónica.) Tal reproche
es injusto. Yo no duermo!
Qué quereis? para el enfermo
es un suplicio la noche!
Envuelto en su manto oscuro
hiere el dolor á mansalva;
solo cuando apunta el alba
me creo ya mas seguro.
ELVIRA. Qué padeceis?
REY. Los errores
de médicos excelentes,
dan mil nombres diferentes
á mi mal y á mis dolores,
y por mi mala fortuna
magüer sus filtros y plantas,
como son las causas tantas
no hallan remedio á ninguna.
Pero dejemos á un lado
mi salud desventurada,
y hablemos antes que nada
en los asuntos de estado.
ELVIRA. Decid, señor!...
REY. (Sentándose é invitando á Doña Elvira á que lo ha-

ga. Alfonso se queda de pié al lado de su madre.)
He querido
que Alfonso escucharnos pueda,
pues aunque su edad le veda
tomar distinto partido
que el que hoy adopte su madre,
la obedecerá en memoria
del monarca que está en gloria
y fué mi hermano y su padre!

ALF. (Señalando á su madre.)
Siempre su menor deseo
ley ha sido para mí.

REY. Buen hijo! tal presumí...
(Á Doña Elvira con intencion.)
algo ceñudo le veo!

ELVIRA. (Con rapidez disculpándole.)
No goza de salud fuerte!

REY. Es entonces disculpable
la entereza inalterable
que en su semblante se advierte!
Y aunque precoz en su edad,
anuncia el valor y el brio!
Tú serás, sobrino mio,
gran guerrero... ¿no es verdad? (Sonriendo.)

ALF. (Con intencion.)
Si Dios me alarga la vida
procuraré hacerla honrada.

REY. Respuesta tan bien pensada
como hondamente sentida. (Pausa.)
Oye pues. Cuando á la tierra
pagó mi hermano el tributo,
dejó con su muerte el fruto
desvastador de la guerra.
Sus dos hijos, tú y tu hermano,
niños para gobernar
mal pudierais sujetar
lo que aun no abarca mi mano!
Y por eso á mí acudió
todo el pueblo leonés,
y en este alcázar que ves
por su rey me coronó!
Pocos por tí pelearon

que á mi vista se rindieron,
y los que no sucumbieron
cobardes te abandonaron.
(Movimiento de Alfonso, que su madre contiene con una mirada.)
Si me mostré poderoso
con el que fué mi enemigo,
ya á ser desde ayer me obligo
tu vencedor generoso,
y te lo pruebo en verdad,
pues rendida tu faccion,
has encontrado en Leon
segura hospitalidad.

ALF. Si á mí os habeis dirigido
por príncipe en este empeño,
yo os diré que soy pequeño
para haberos entendido;
y que en mi menor edad,
solo he de tener en cuenta
á aquella que representa
para mí la majestad.
Con razon ó sin razon,
aunque por rey os reciba,
ella será mientras viva,
viuda del rey de Leon. (Con entereza.)
Soy niño y no sabré hablar
de modo que á vos os cuadre;
esta es mi reina y mi madre,
ella os puede contestar.

ELVIRA. (Con rapidez y evitando que el Rey conteste á Alfonso.)
Dejádle; él no entiende nada
de esos asuntos!

REY. (Con ironía.) Lo veo!

ELVIRA. Decidme vuestro deseo,
que á todo estoy obligada.

REY. No por el temor pueril
de que al perdonar contrarios,
se lancen mis adversarios
en nueva guerra civil,
sino por poderos dar
amistad mas duradera,

casi necesario os fuera
una renuncia firmar
á un trono que ya de hecho
en otra rama ha quedado,
y á quien la victoria ha dado
mas legítimo derecho.
Jurando solemnemente
renunciar á esa corona,
hoy mi palabra os abona
libertad independiente.
Un perdon lato y sagrado
á cuantos os han servido,
y un eterno y noble olvido
de todo cuanto ha pasado;
y no me podreis tachar
de injusto en mi peticion,
cuando muertos en Leon,
ayer pudisteis entrar.

ELVIRA. Cierto, y por mí desde ahora
prometo cuanto querais...

REY. (Sorprendido al escucharla.)
Juiciosamente pensais!

ALF. Pero es que mi hermano ignora...

REY. En vuestra menor edad, (Con intencion.)
solo tener debo en cuenta
á aquella que representa
para tí, la majestad;
y pues tu reina y tu madre,
perdiendo su antiguo brio,
renuncia, por gusto mio,
á la herencia de tu padre;
pues que su antigua entereza
y su valor obstinado
hoy olvida de buen grado
y á ser razonable empieza,
yo su renuncia formal
acepto desde el momento
mientras se hace el juramento
solemne en la catedral.
Ella á vuestro bien se ajusta;
y porque libres quedemos
hoy mismo celebraremos

esa ceremonia augusta.
(Se levanta y tambien Doña Elvira, que procura contener á Alfonso con sus miradas.)
No es cierto?

ELVIRA. Cierto, señor!

ALF. Enfermo estoy y quisiera
dilatarla...

ELVIRA. Mejor fuera
mañana...
(Alfonso se sienta en la banqueta grande.)

REY. (Con ironia) Hoy fuera mejor:
y ahora te voy á mandar
un astrólogo judio,
que es mi médico, y confio
que con él te has de aliviar.
Y si hoy no pudiera ser,
se deja para otro dia;
yo por vuestro bien lo hacia,
y hoy soy el mismo que ayer.

ELVIRA. Entonces, señor, mañana
vuestra órden cumpliremos.

REY. Pues á mañana esperemos!

ELVIRA. Aceptais?

REY. De buena gana.
Como á Olmundo y á Ramiro
ayer mandé mi perdon,
que ya salgan es razon
de su ignorado retiro.
Vos cuando llegue elegis
si mi alcázar no os agrada,
la ciudad ó la morada;
libres quedais ó partis!

ELVIRA. Gracias!

REY. (Mirando fijamente á Alfonso y acercándose á él: Doña Elvira instintivamente se interpone.)
Ya enfermo y tan niño!
Cuidadle con vuestro amor;
para su edad, la mejor
medicina es el cariño!
(En el momento que se vuelve para marcharse, se descorre un poco la cortina del foro y aparece Diego Vela. El Rey le ve en el acto.)

Diego!

DIEGO. Señor! (Inclinándose y entrando.)

ESCENA IV.

DICHOS, DIEGO VELA.

REY. (Sonriendo.) Qué temprano
está todo el mundo en vela!
Llega, leal centinela.
(Diego se acerca para besar la mano al Rey. Este la retira inmediatamente.)
No á mí. Besa aquella mano;
(Señalando á Alfonso.)
Tú que le has visto nacer
mírale como señor. (Pausa.)
¡Mañana!... Hoy fuera mejor!
(Como reflexionando.)
pero, en fin, cómo ha de ser!
(El Rey se va por el foro. Alfonso se levanta inmediatamente. Doña Elvira le contiene. Diego Vela baja al proscenio con rapidez.)

ESCENA V.

DOÑA ELVIRA, ALFONSO, DIEGO VELA.

ALF. Ah!

ELVIRA. Silencio!

ALF. Ya me ahogaba!
¿cómo callar has podido?

DIEGO. Esperad, que aun no se ha ido.
(Se dirige con temor y rapidez á la puerta del foro, mira por la cortina y baja al proscenio.)
Ya es hora!

ALF. ¿Qué ocurre?

ELVIRA. Acaba!

DIEGO. Fruminio ayer desterrado
salió de Leon!

ELVIRA. ¡Dios mio!

DIEGO. Pero un emisario mio
en Órvigo le ha alcanzado!

Esta noche buscará
de entrar en Leon manera.

ELVIRA. Podrá? (Con duda y ansiedad.)

DIEGO. La ciudad entera
á su voz despertará.
Yo ya pude convencer
á los mios en Leon,
y se hará la rebelion
mañana al amanecer!

ELVIRA. Tarde es, Diego!

ALF. Madre mia!
Valor! Él con la esperanza
de mañana, su venganza
retardará todavia.

DIEGO. Cuál es?

ELVIRA. Mañana debemos (Con amargura.)
jurar por rey á Fruela
públicamente. Él lo anhela;
solo ese tiempo tenemos!

ALF. Y Olmundo?

DIEGO. No ha habido modo
de saber su paradero.
Está en Leon!

ELVIRA. Prisionero
tal vez!...

DIEGO. No; es capaz de todo!
Ocúltase disfrazado,
pero verle era preciso
ó darle un seguro aviso!

ELVIRA. ¿Cómo no le has encontrado?

DIEGO. Tal vez nos oigan. Entrad
y fingid que está peor
el príncipe. Lo mejor
es ganar tiempo!

ALF. Es verdad!

ELVIRA. ¡Cómo en su feroz semblante
el odio se retrataba;
cómo al mirarme gozaba
confundida y anhelante!
Oh! no hay piedad en su alma,
y nuestra muerte es segura
si no vencemos!

ALF. Procura,
madre mia, tener calma!
ELVIRA. No son mis temores vanos!
ALF. Entrad. (Señalando la puerta de la derecha.)
ELVIRA. Solo en tí fio!
DIEGO. Tengo esperanza!
ELVIRA. (Cogiendo á Alfonso de la mano.)
Dios mio!
su vida pongo en tus manos!
(Salen por la puerta derecha. Diego se queda en la escena.)

ESCENA VI.

DIEGO VELA, en seguida el PAJE.

DIEGO. Tiene razon! Si esta noche
no ganamos la jornada,
si no triunfamos hoy mismo,
¡ay de nosotros mañana!
PAJE. Diego! (Entrando por el foro.)
DIEGO. Nuño!...
PAJE. He recorrido
con tu seña las tres casas
que me dijiste.
DIEGO. ¿Y Olmundo?
PAJE. Nadie le ha visto.
DIEGO. (Con desaliento.) ¡Menguada
fortuna!
PAJE. ¿Y qué?
DIEGO. Sin su auxilio
la ocasion se nos escapa.
PAJE. Oh! tu plan era insensato!
Venirse á entregar sin armas,
indefenso, y en la cueva
del tigre buscar sus garras!
DIEGO. Créeme, Nuño, á las fieras
de lejos no se las caza;
en su madriguera misma
hay que colocar la trampa,
y allí solos, frente á frente,
acosándolas matarlas!

PAJE. Ella os ha visto primero,
ella os espera y os mata!
DIEGO. Sospecha el Rey! (Con terror.)
PAJE. (Sonriendo.) Don Fruela
no ha creido una palabra.
Hasta de mí desconfia;
al ir á entrar en su cámara,
«vete á jugar con Alfonso,»
me dijo, «pues vuestra infancia
pasasteis juntos. que juntos
os alumbre el sol mañana.»
DIEGO. Todo lo teme.
PAJE. Ó lo sabe.
Vamos; Velez os aguarda
en el barrio de la Ermita.
DIEGO. Y ellos? (Señalando á la puerta derecha.)
PAJE. Velo!
DIEGO. ¿Tienes armas?
PAJE. Antes de tocar á Alfonso
alguno caerá á mis plantas.
DIEGO. No los dejes ni un momento.
(El tapiz de la puerta de la izquierda se mueve.)
PAJE. Esa puerta! Vete!
(Con rapidez, empujando á Diego para que se vaya. Él, que ve salir al Rey y á Isaac por la puerta de la izquierda, tambien sale por el foro.)
DIEGO. Gracias!

ESCENA VII.

El REY, ISAAC, PAJE, escondido tras de las cortinas del foro.

PAJE. Oh! (Marchándose.)
REY. (No hay nadie!) Pasa, Isaac.
(Los dos estan en su estancia!)
Creí ver aquí al enfermo,
pero pues dentro se halla,
tú entrarás solo!
ISAAC. Á tu gusto,
señor.
(Pasa por detrás del Rey para dirigirse á la derecha. El Rey le detiene.)

REY. Oye una palabra.
Me dijiste anoche mismo,
ó la memoria me engaña,
que el tósigo era seguro.
(El Paje asoma un momento la cabeza por el tapiz del foro y se esconde en seguida con rapidez.)
ISAAC. Infalible!
REY. Y no dejaba
rasgo alguno de su extrago?
ISAAC. En enfermedades várias,
desde la vida á la muerte
rápidamente se pasa!
REY. La vida estriba en tan poco! (Con terror.)
ISAAC. Ya lo ves; la hoja acerada
toca al corazon, y el hombre
muere, sin una palabra.
Un débil cordon, ahoga
la existencia en la garganta;
una vena que se rompe,
la vida de un cuerpo lanza!
El hombre! ese ser perfecto,
omnipotente, con alma,
es frágil vaso de arcilla,
es seca y estéril caña,
que al menor soplo de viento
se cimbrea y se desgaja!
REY. Mucho de la muerte sabes!
ISAAC. Y por eso no me espanta;
yo obedezco á las estrellas!
REY. Es decir, que ellas te mandan
ayudarme?
ISAAC. Así parece!
REY. Mi amigo el rey de Navarra
responde de tí.
ISAAC. Lo creo!
REY. Y... en ese pomo de plata
está la ponzoña?... Dame!
ISAAC. Qué intentas? (Turbado entregándole un pomo.)
REY. (Mirándole.) Dí; y esto basta
para que de Dios la imágen
torne otra vez á la nada?
ISAAC. Sí!

REY. ¿Qué medio has inventado
para infundir confianza
á doña Elvira, y lograr
que el enfermo beba? (Con intencion.)

ISAAC. Basta
con la verdad: soy tu médico;
á que examine me mandas
á tu sobrino; en él noto
cierta fiebre que se calma
pronto con esta bebida,
y su madre querrá dársela
si la salud de su hijo
contempla hoy amenazada!

REY. (Despues de mirar á todas partes.)
No es eso! Tú... inventa el modo,
eres mi enemigo! Amas
al niño Alfonso, y expones
por él tu vida...

ISAAC. (Turbado.) Qué?

REY. Calla!
Engañándome, tú accedes
á emponzoñarle, y con sabia
prevision, en un narcótico
el mortal brebaje cambias.

ISAAC. Ah! (Sin poder contener su turbacion.)

REY. (Sonriendo.) Lo ves? Tú sin saberlo
aplaudes mi perspicacia.
Sabes jurar!

ISAAC. (Sin comprenderle.) Yo...

REY. Pues juras
á doña Elvira, que nada
puede temer si su hijo
por muerto á mi vista pasa.
Dile, que si Alfonso vive
esta noche, otros se encargan
de darle muerte: que en esto
(Señalando al pomo.)
está su última esperanza;
llámame mónstruo, abomina
de mi crueldad, y en su alma
siembra la fija creencia
de que al servirme los salvas.

Dile, que el objeto es solo
ganar tiempo; que se trata
esta noche de matarme;
y que el sol verá mañana
á Fruela sin corona
y á Alfonso que ha de arrancársela.

ISAAC. No... se... (Sin atreverse á mirar al Rey.)

REY. ¿No es mas ingenioso
este recurso? Con calma
lo piensa. De un emisario
mio no han de creer nada,
de un traidor... es ya mas fácil.

ISAAC. Creerán?...

REY. Tendrán confianza!

ISAAC. Pero... (Tratando de adivinar al Rey.)

REY. ¿Quién no cree en el mundo
lo que le conviene?... Vaya...
ten mas decision!... Te he visto
mas audaz esta mañana. (Le da el pomo.)
Toma el... narcótico! Espero
fijo... inmóvil en mi cámara;
una hora, dos, cuantas quieras!

ISAAC. Con una sola nos basta!
(El Paje entra disimuladamente y se dirige sin hacer ruido á la puerta de la derecha. Lo ha oido todo y debe estar consternado.)

REY. Mi gratitud será inmensa...

ISAAC. Con ella cuento! (Con amarga ironia.)

REY. No vayas
aun. Paje!
(Volviendo de repente la cabeza y sorprendiendo al Paje, al llegar al umbral de puerta.)

PAJE. (Turbado.) Señor!

REY. ¡Que haces
fuera de allí? (Señalando á la derecha.)

PAJE. Yo avisaba
(Procurando disimular.)
á Diego Vela... (¡Dios mio!)
La Reina pregunta.

REY. (Despues de mirarle fijamente y señalando á la izquierda.)
Pasa!

Turbado estás!

PAJE. Como esperan
mi vuelta...

REY. (Cogiéndole del brazo.) Dé á mi cansada
salud, apoyo tu brazo.
Sin temblar!

PAJE. (Jesus me valga!)

REY. Tú de la salud de Alfonso
me respondes! (Con intencion.)

ISAAC. Si no es vana
la ciencia, dársela espero.

(El Rey se acerca á la puerta de la izquierda y á una seña suya aparece Lope Almondarez. El Rey le habla en voz baja, y se va con el Paje, que procura dominar su terror.)

REY. (Si me vende, observa y mata.)
(Ap. á Lope señalando á Isaac.)

ESCENA VIII.

ISAAC, LOPE ALMONDAREZ. Lope se acerca á Isaac y le mira.

ISAAC. Yo he de estar solo!

LOPE. Es que el Rey,
que te acompañe me manda.

ISAAC. Mi cabeza te responde
si soy traidor á su causa.
Necesito antes que todo
inspirarles confianza,
y nunca podrán tenerla
si te ven!

LOPE. Ni una palabra
pronunciaré que te estorbe.

ISAAC. Solo estoy, ó no haré nada. (Con entereza.)

LOPE. Tú lo quieres!

ISAAC. Justo, espíame;
observa, si duda hallas
en mi conducta, mi cuello
á una señal tuya caiga;
pero mientras, libre y solo
quiero estar.

LOPE. Quede en tu guarda

tu propio temor, y sabe
por si á don Fruela engañas,
que en este instante solemne
tu existencia va juzgada.

ISAAC. Guarda la tuya, don Lope,
que la mia el cielo guarda!
(Lope se va por el foro descorriendo antes del todo el tapiz de la puerta.)

ESCENA XI.

ISAAC, despues DOÑA ELVIRA.

ISAAC. (Acercándose á la puerta derecha y llamando.)
Valor!

ELVIRA. Quién es? (Abriendo la puerta.)

ISAAC. Soy, señora,
un médico; el rey me manda
ver á don Alfonso: dice
que está enfermo...

ELVIRA. Ahora se halla
descansando, y no es posible...

ISAAC. Ved que importa...

ELVIRA. (Bajando.) Yo en su guarda
estoy, soy su madre, y quiero
cuidarle sola. No es nada
lo que tiene; no ha dormido
anoche, y ahora descansa.
(Queriendo retirarse á la derecha.)

ISAAC. Un momento, doña Elvira. (Deteniéndola.)

ELVIRA. Qué me quereis? (Con desconfianza.)

ISAAC. La mirada
fijad en mí, y á través (Bajando la voz.)
de estos surcos y estas canas,
sin hacer ni un movimiento
que os venda, ved quien os habla.

ELVIRA. (Despues de mirarle de cerca.)
Imposible! vos! Olmundo!

ISAAC. Por piedad, ni una palabra!

ELVIRA. Vos!

ISAAC. Yo!

ELVIRA. De parte del Rey!

ISAAC. No me conoce. Se trata
de triunfar, y yo que expuse
ya mi vida veces tantas,
yo que salvé á vuestro hijo
Ramiro...

ELVIRA. (Con ansiedad.) ¿Dónde se halla?

ISAAC. En sitio seguro. Ahora
no perdamos tiempo.

ELVIRA. Habla
pronto y que Dios te dé el premio,
Olmundo, de virtud tanta!
Recibistes el mensaje
de Diego?

ISAAC. Y fija mi alma
en serviros, la amistad
logré del rey de Navarra,
que me envió como médico
al Rey. Esperé con ansia
la hora, y esta ha llegado.
No mostreis ni en vuestra cara
ni en vuestra accion, la sorpresa
que os voy á causar. Nos guardan
de vista!

(D. Lope pasa por el foro á lo lejos mirando á la escena.)

ELVIRA. Os oigo impasible.

ISAAC. Leon es nuestro. La guardia
del Rey se retira siempre
al amanecer. Mañana,
cuando apunte el dia, treinta
montañeses en la estancia
entrarán de don Fruela
guiados por mí. En la cámara
vecina el Paje las llaves
á las puertas tendrá echadas,
y Diego en la catedral
dará la señal de alarma,
mientras Fruminio y los suyos
por la Puerta vieja avanzan.
Muerto Fruela, vos misma
desde el balcon del alcázar,
dareis á la muchedumbre

la señal de la venganza.

ELVIRA. Mas sangre!

ISAAC. Él, que ha adivinado
el peligro, hoy mismo trata
de dar la muerte al infante,
y á mí me encomienda dársela!

ELVIRA. Ah! (Retrocediendo.)

ISAAC. Sí; será inútil todo:
si no accedo á su demanda
soy muerto dentro de un hora,
y otros traidores se encargan
de daros muerte esta noche.

ELVIRA. Mi razon no piensa nada. .
En tan cruel alternativa
qué habeis decidido?
(Alfonso aparece en la puerta de la derecha y escucha.)

ISAAC. Espanta
el recurso, pero vos,
que teneis aliento y alma,
oid sin temblar. Un tósigo
mortal Fruela me encarga
que dé á vuestro hijo.—Vedle!
(Sacando un pomo de cristal y enseñándosele.)

ELVIRA. Jesus!

ISAAC. Ahora bien: se trata
de que el Rey le vea muerto.
Ciego en esa confianza
libres nos deja esta noche,
y el triunfo es nuestro mañana.

ELVIRA. Pero, cómo?

ISAAC. Es un narcótico
eficaz: con él se salva
y engaña á la muerte misma
por diez ó doce horas.

ELVIRA. Basta!
no puede ser! (Aterrada.)

ISAAC. Si beber
no le ven; si una hora pasa
y Alfonso vive, perdidos
estamos todos!

ELVIRA. ¿Qué mandas

á una madre? ¿que yo misma
vea caer á mis plantas
exánime al hijo mio?
Horror! Pero, y si te engañas!
Si la muerte verdadera
en ese filtro le aguarda!

ISAAC. No hay otro remedio humano:
pero respondo!

ALF. (Que ha bajado poco á poco, se interpone entre los dos, coge el pomo de la mano de Isaac y hace callar á Doña Elvira.)
(Á Isaac.) Trae! (Á Doña Elvira.) Calla!

ESCENA X.

DOÑA ELVIRA, ISAAC, ALFONSO.

ELVIRA. Hijo! (Suplicante.)

ISAAC. Señor. (Animándole.)

ALF. (Con entereza.) No hay remedio!

ISAAC. Oh! gran rey! (Con admiracion.)

ALF. (Dándole la mano.) Olmundo, gracias!

ELVIRA. No; yo no quiero, tu madre
te lo prohibe!
(Lope aparece otra vez por el foro á lo lejos mirando á la escena.)

ISAAC. En la estancia
vecina, Lope Almondarez
observa cuanto aquí pasa!

ALF. (Cogiendo á su madre de la mano, que ha quedado consternada, y hablándola con solemnidad y energia.)
Madre, valor! Tú has cruzado
conmigo en brazos, descalza,
roto en girones tu traje,
por las vecinas montañas!
Tú, con una débil tea
rompiendo la dura escarcha,
has hecho huir á los lobos
que hambrientos nos acosaban!
Tú has desgajado los árboles
con tus mismas manos blancas

para calentar al hijo
que nació de tus entrañas!
Tú has cruzado á nado un rio
cortando sus ondas bravas
á la luz de los relámpagos
y entre mil flechas contrarias.
Yo lo he visto, y soy tu hijo!
Con esto todos se salvan;
(Enseñándole el pomo de cristal.)
¿no ves de Dios la promesa
en mi alegre confianza? (Sonriendo.)

ELVIRA. No; que venga don Fruela,
yo le aguardo!

ALF. Madre, calla!

ELVIRA. No quiero que bebas!

ALF. (Suplicante.) ¡Madre!

ELVIRA. Ese hombre nos engaña! (Señalando á Isaac.)
Está vendido al tirano;
es un tósigo que mata!

ISAAC. Señor!... yo juro...
(Mientras Doña Elvira se ha dirigido á Isaac, Alfonso ha bebido, y Lope, que ha aparecido en el foro, le ha visto beber y baja despacio por la galeria.)

ALF. (Dando el pomo á Isaac.) Ya es tarde!

ELVIRA. Ah! (Cubriéndose el rostro con las manos.)

ISAAC. Dios nos protege!

ELVIRA. (Deteniendo á Isaac.) Aguarda!
mírame! mas todavia!
(Pausa, durante la que se miran fijamente los dos.)
Oh! si tu noble mirada
me miente... maldito seas!

ALF. Bien, Olmundo!
(En voz baja y dándole la mano.)

ELVIRA. (Abrazando á Alfonso.) ¡Hijo del Alma!

ESCENA XI.

DICHOS, LOPE, por el foro. Doña Elvira abraza á su hijo y se aparta á la derecha como para defenderle de Lope ó Isaac. Este se acerca á Lope.

ISAAC. Di al Rey que ya su sobrino

podrá jurarle mañana;
su enfermedad es ligera
y respondo de curarla.
(Entregándole el pomo vacio, que Lope toma.)

LOPE. (Sospeché de tí; perdona.) (Ap. á Isaac.)
Estais mejor? (Á Alfonso.)

ALF. Á Dios gracias!

LOPE. Te espera el Rey. (Á Isaac.)

ISAAC. Voy al punto.
(Acórrenos, Vírgen santa!)
(Lope se va por la puerta izquierda seguido de Isaac.)

ESCENA XII.

DOÑA ELVIRA, ALFONSO.

ELVIRA. Pero esto es un sueño horrible!

ALF. No, madre; es la realidad,
y Olmundo dice verdad!

ELVIRA. Si traidor...

ALF. (Interrumpiéndola.) Es imposible!

ELVIRA. Pero yo misma, he de verte
romper los vitales lazos,
y caer entre mis brazos
moribundo! frio! inerte!
No! (Con desesperacion.)

ALF. Madre, por compasion,
ve que es el único medio!

ELVIRA. Tan sacrílego remedio
ha helado mi corazon!
Alfonso! qué sientes! (Con ansiedad.)

ALF. Nada.

ELVIRA. Dímelo, por caridad,
y halle en tí al menos piedad
tu madre desventura!
(Diego entra por el foro: Doña Elvira le ve y corre á él, mientras Alfonso se sienta en la banqueta.)

ESCENA XIII.

DICHOS, DIEGO VELA.

Ah! Diego, corre!
DIEGO. Qué es esto?
ELVIRA. Olmundo... mi hijo...
DIEGO. (Sin comprenderla.) Señora!
ALF. Madre! (Llamándola.)
ELVIRA. Alfonso! (Corriendo á él.)
ALF. Siento ahora
un dolor vago y molesto!
(Llevándose al pecho la mano.)
DIEGO. Cielos! (Aterrado.)
ELVIRA. ¿No has adivinado
que Olmundo al Rey se ha vendido?
que el infame me ha mentido!
que mi hijo está envenenado!
DIEGO. Oh, imposible!
ALF. Madre, no!
Sostenme. Yo creo en él!
ELVIRA. ¿Y por qué ese hombre cruel
este suplico inventó?
DIEGO. Ha sido él mismo? Valor! (Con alegría.
medio seguro será
de salvarnos todos!
ALF. (Llevándose la mano á la frente.)
Ah!
Lo ves? No siento dolor. (Á Elvira.)
Cae sobre mi frente! aquí,
un peso enorme! y mis venas,
ya lo ves! laten apenas!
DIEGO. (En voz baja y con alegre seguridad.)
Será un narcótico!
ELVIRA. (Con júbilo.) Sí?
Oh! gracias! Alfonso mio!
ya renace mi esperanza!
Despiértate á la venganza!
ALF. No te veo! Horrible frio!

ESCENA XIV.

DICHOS, el PAJE, pálido y consternado, entra por la puerta izquierda.

PAJE. Ah! es tarde! (Viendo el grupo de la derecha.)
DIEGO. Cómo!
PAJE. (Colocándose al lado de Doña Elvira.)
El tirano
me ha tenido allí sujeto.
Yo sorprendí su secreto!
ELVIRA. Qué dices!
PAJE. Hombre inhumano!
Aquí del veneno hablaban!
yo los oí!
ALF. Madre! (Con voz apagada.)
DIEGO. Horror!
PAJE. «Ya ha bebido; está mejor,»
ahora riendo exclamaban.
Y al ver el terror en mí
al oirlos se pintó,
el Rey gozoso exclamó:
«Vete; ya haces falta allí!»
ELVIRA. No lo creas; era Olmundo (Con alegria.)
que á don Fruela ha engañado
y un narcótico le ha dado.
Con ese sueño profundo
al Rey se logra engañar
y esta noche está perdido!
PAJE. Si yo mismo al Rey he oido (Con desesperacion.)
ese recurso inventar!
ELVIRA. Tu! (Aterrada.)
PAJE. Aquí! «Solo de ese modo,
dijo el Rey, podrán creerte.»
ELVIRA. Pero... entonces es la muerte!
ALF. Madre! (Con voz ahogada.)
ELVIRA. (Corriendo.) Oh!
DIEGO. (Consternado.) Se perdió todo!
PAJE. »Finge que me vendes, dijo, (Á Diego.)
y te creerán.»
ALF. (Cayendo en la banqueta.) Ah!

ELVIRA. (Levantándose.) Lo veis?
Ha muerto! ha muerto! que haceis?
Corred!... mi hijo! mi hijo!
(Gritando en medio de la escena.)

ESCENA XV.

ALFONSO muerto, DOÑA ELVIRA, DIEGO VELA, el PAJE, el REY, ISAAC y LOPE que entran por la puerta de la izquierda.

REY. Qué es esto?
DIEGO. (Cubriéndose el rostro.) (Horrible destino.)
(La colocacion de los personajes debe ser la siguiente: *Alfonso* muerto en la banqueta. *El Paje* á su derecha de rodillas con la cabeza apoyada en el cuerpo de Alfonso, y cogiéndole la mano, que debe estar fuera de la banqueta *La Reina* al lado izquierdo de Alfonso. *El Rey* en la izquierda de la escena en primer término y *Lope* á su izquierda. En segundo término en el centro de la escena, *Isaac* y *Diego Vela*.)
ELVIRA. (Cogiendo á Isaac y trayéndole al lado de la banqueta donde está Alfonso.)
Ten de una madre piedad!
Alfonso ha muerto? (Pausa.)
ISAAC. (Despues de examinarle.) Es verdad!
REY. ¡Muerto! (Queriendo acercarse.)
ELVIRA. Asesino! asesino! (Retrocediendo.)
ISAAC. (Ap. con rapidez á Diego Vela, que le está examinando.)
(Yo soy!)
ELVIRA. ¿Qué haceis todavia? (Á todos.)
¿qué quereis? á qué venis?
os callais? y sonreis
sin temblar á la voz mia?...
Huid! huid! yo lo exijo
aunque á vuestro odio no cuadre!
Fuera! dejad á una madre
el cadáver de su hijo!
(Con la razon extraviada y cubriendo el cuerpo de Alfonso.)
LOPE. (Si irá á perder la razon!) (Ap. al Rey.)

REY. (Todo en tal caso es posible!)
DIEGO. (¡Y Olmundo calla impasible!)
REY. (Ap. á Lope sonriendo.)
(Ya lo ves, venció el leon!)
ELVIRA. (Levantándose de pronto con alegria y enérgica entereza.)
Ah! no... mi temor es vano!
Ya lo recuerdo... creias
matarle, y te sonreias
como un verdugo inhumano!
(Cogiendo al Rey y llevándole adonde está Alfonso.)
Ven! mírale!... el hijo mio
miente por la vez primera!
No está muerto! ¿qué te aterra!
rie!... yo tambien me rio!
Oh! fija en él tu mirada!
rie... mas!... sin apartarte...
yo tambien quiero lanzarte
al rostro mi carcajada!...
REY. Pobre madre!
ELVIRA. (En voz muy baja y sonriendo nerviosamente.)
No hagais ruido!...
dejadme con él!
REY. (No entiendo!)
ELVIRA. Quiero que siga durmiendo!...
no lo ois?
REY. (El Paje ha sido!)
ELVIRA. Ved con qué calma presencio
vuestra sonrisa inhumana!
¡ya despertará mañana!
Callad! silencio, silencio!...
(Todos permanecen inmóviles. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo. La lámpara del techo encendida. Otra lámpara de mano encima del reclinatorio. La puerta de la izquierda, con las cortinas descorridas, está cerrada con cerrojo y una barra de hierro. La del fondo está tambien cerrada, pero sin barra. La puerta de la derecha entornada. Al levantarse el telon, Alfonso está echado en la banqueta cubierto con un gran paño de brocado. Doña Elvira de rodillas orando delante del reclinatorio. El Paje de pié con los brazos cruzados al lado de Alfonso. El teatro debe tener casi toda la luz.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELVIRA, ALFONSO, el PAJE.

PAJE. ¡Madre infeliz! Cuántas horas
ha pasado de esa suerte!
ELVIRA. ¡Señor y redentor mio!
perdóname si rebelde
el pensamiento, á mis labios
para rezar no obedece!
Perdona si al invocarte
y si al pedirte mercedes,
mis ojos miran al cielo
y está en la tierra mi mente.

(Acercándose á donde está Alfonso, é interrogando al Paje con gran ansiedad.)
¿Nada?

PAJE. ¡Nada! (Con desaliento.)

ELVIRA. ¡Horrible noche!
la eternidad es mas breve;
menos terrible el infierno
que este maldecido albergue!

PAJE. Poco falta para el dia!

ELVIRA. Y dicen que el hombre es débil
cuando ni el alma concibe
lo que á resistir se atreve!
Dios que turbó mi razon
en aquella hora solemne,
me dió firme voluntad
y valor para oponerme
á que á Alfonso se llevasen;
y Fruela, rey clemente, (Con ironia.)
quiso inventar el suplicio
de que una madre estuviese
con su hijo muerto una noche,
sin comprender el imbécil
que buscando mi locura
iba él á encontrar su muerte!

PAJE. Fruela no es de esos hombres
que ante el peligro se duermen
y con ciega confianza
su propia ruina conceden.
Nada desde ayer ha hecho,
y su inaccion indolente
que á vos tanto os regocija
á mi pesar me estremece!
Cuando esas puertas cerramos
anoche, aun no eran las nueve;
nadie ha llegado hasta ellas!

ELVIRA. Es verdad!... Y... ¿qué pretendes
darme á entender?

PAJE. Ni un aviso,
ni la noticia mas leve
tenemos, y este silencio
pavoroso y persistente
nada de halagüeño encierra.

ELVIRA. ¿Y asi darme valor quieres?
PAJE. Oh! lo que quiero es, señora,
por si algo horrible sucede,
que vuestra alma á una ciega
confianza no se entregue.
(Se oye llamar á la puerta del foro.)
ELVIRA. Calla! Dios mismo se encarga
de desmentir lo que temes!
PAJE. (Desde la puerta.)
Quién es?
DIEGO. (Desde dentro.) Diego Vela.
ELVIRA. (Con alegria.) Abre...
si es él... ¡ay! inmóvil siempre!
(Mirando á su hijo con desaliento.)

ESCENA II.

DOÑA ELVIRA, ALFONSO, PAJE, DIEGO VELA.

DEGO. ¡Aun sigue dormido!
(Con extrañeza, desde el centro de la escena.)
ELVIRA. Aun sigue!
DIEGO. Oh! (Con temor.)
ELVIRA. ¿Por qué tan tarde vienes?
¿Cómo andar por el alcázar
durante la queda puedes?
DIEGO. Los ballesteros son nuestros,
y uno de ellos estar debe
de centinela en la puerta
del torreon que da á Oriente.
Ese mismo dará ahora
entrada á los montañeses,
y yo esperaré con ellos
allí, á que el momento llegue.
Los dos de la galeria (Señalando al foro.)
dejarán que aquí penetren
cuantos al pasar les digan
nuestra seña!
ELVIRA. ¡Entonces tienes
seguridad en el triunfo?
DIEGO. Solo una cosa nos pierde.
El Rey, cruel aun con sus cómplices

cuando de ellos nada quiere,
mandó ayer prender á Olmundo
aunque por Isaac le tiene.
Y para engañar al pueblo
que le culpa de esa muerte,
y con vos en todo tiempo
de su infamia defenderse,
quiere que á Alfonso examinen
dos médicos, y si advierten
señal de envenenamiento,
pague Olmundo con su muerte
el crímen que pensó él mismo
é Isaac cometió obediente.

ELVIRA. Entonces...

DIEGO. Olmundo falta
para que á cabo se lleve
nuestro plan en igual forma
que concertamos.

PAJE. (Á Diego, en voz baja.) ¿Y aun crees
que Olmundo traidor no ha sido?
Yo te juro una y mil veces
que los oí.—Don Fruela,
temiendo que no bebiese
el infante, si por médico
tenia á Isaac, solamente,
inventó lo del narcótico.
Su prision no te convence?
Siempre pagan los tiranos
asi á quien los sirve fieles!

DIEGO. Oiste mal. Siempre Olmundo
leal ha sido. ¿Tú quieres
que haya olvidado á sus hijos,
á quien Fruela dió muerte?
Si se descubrió al tirano
y si fingió obedecerle,
misterios son de seguro
que tú, Nuño, no comprendes.
De todos modos, Fruminio
hará de Olmundo las veces,
trayendo al pié del alcázar
á la alborotada plebe.

PAJE. ¡Dios lo quiera!

DIEGO. (Al Paje.) Tú, entre tanto
que libre la entrada tienes
de la cámara del Rey,
fuerza es que las puertas cierres
por fuera para que nadie
en su socorro penetre.

PAJE. Cuándo?

DIEGO. Al punto que yo salga.

PAJE. La seña...

DIEGO. ¡*Justicia y muerte*!

PAJE. No hace dos horas que oimos
en esa puerta de enfrente
(Doña Elvira al lado de Alfonso, no presta atencion á lo que hablan á su lado.)
que da paso á la antecámara
del Rey, llamar por dos veces.

DIEGO. ¡Ah! (Sorprendido.)

PAJE. Tiene cerrojo y barra
y abrir por dentro no pueden.

DIEGO. Tal vez el Rey...

PAJE. Es posible
que á cerciorarse viniese
mas de la muerte de Alfonso!

DIEGO. ¡Ni él mismo en su dicha cree!
(Los dos al volverse miran á Doña Elvira.)

PAJE. Toda la noche ha pasado
lo mismo, sin que flaqueen
por un momento sus fuerzas,
sin que sus ojos se cierren.

DIEGO. Vamos pues. La hora se acerca.
(Llaman á la puerta del foro.)

ELVIRA. Llaman!

PAJE. (Señalando al foro.) Allí!

DIEGO. Quién ser puede?

PAJE. Quién es?

LOPE. (Dentro.) En nombre del Rey!

DIEGO. Don Lope!

ELVIRA. Jesus!

PAJE. ¿Qué quiere!

LOPE. Abrid!
(Diego va á la puerta sacando la espada: Doña Elvira le detiene.)

ELVIRA. (Á Diego.) Qué intentas?
DIEGO. (Con energía.) Matarle!
ELVIRA. Espera.
(Le hace entrar por la puerta de la estancia de la derecha con rapidez.)
PAJE. Señora...
ELVIRA (Recobrando su calma.) Que entre!

ESCENA III.

DOÑA ELVIRA, ALFONSO, DIEGO, escondido, PAJE, D. LOPE. Entra por el foro examinando la escena. Doña Elvira ha dado la lámpara de mano á Diego, que ha entrado con ella por la derecha.

ELVIRA. (¡Dios mio! Si ahora despierta!)
(Mirando á Alfonso.)
PAJE. (Infeliz de él si algo advierte!)
(Colocándose al lado de Alfonso. Doña Elvira baja mas al primer término.)
LOPE. Perdonad si á tales horas
á hollar mis plantas se atreven
este sagrado recinto
del dolor y de la muerte!
ELVIRA. ¿Qué quiere el Rey don Fruela,
y por qué motivo urgente
os manda que aquí vengais
para interrumpir mis preces?
LOPE. Á advertiros que es forzoso
que vuestro aislamiento cese,
y dejeis cumplir á todos
sus mas sagrados deberes.
Respetando hasta el capricho
de una madre, como debe,
la tarde entera y la noche
libre os dejó! Pero quiere
preveniros que al rayar
el alba, fuerza es que lleven
el cuerpo de vuestro hijo
á San Miguel de los Reyes.
ELVIRA. Ya!
LOPE. Dentro de media hora

dejareis que á rezar entren
los monjes, y que los guardias
cerca del cadáver velen.
Tal es siempre la costumbre,
y nadie puede oponerse
á que se cumplan en todo
del ceremonial las leyes.

ELVIRA. Decid al Rey que obedezco;
(Con natural entereza.)
que frio mi juicio vuelve
á su natural estado
y que sé que razon tiene.
Qué mas quereis?

LOPE. Preveniros
que el Rey al sonar las siete
quiere que en la catedral
el entierro se celebre.
Todos los nobles del reino
se hallarán allí presentes,
que el Rey quiere que el entierro
sea brillante y solemne.

ELVIRA. (Sin manifestar la menor emocion.)
Decid mas, si á mas os manda.

LOPE. Solamente que os reitere
su profundo sentimiento;
y como dejar no debe
que corran voces siniestras
por tan repentina muerte;
como vengaros desea,
por si es verdad, del aleve
que emponzoñó á vuestro hijo,
Isaac, el médico, tiene
que morir, á la misma hora
que á don Alfonso se entierre.

ELVIRA. ¿Está ya entonces convicto
de su crímen?

LOPE. Tal parece
pero aunque no lo estuviera
cunde el rumor por la plebe,
y una vida importa poco
cuando al estado conviene.

ELVIRA. (Quiere ver si por él pido!)

Es natural que me alegre
mi venganza. Dad las gracias
al Rey, pues me la previene.

LOPE. (¡Serenidad increible!) (Pausa.)
Como el Rey apenas duerme,
para haceros compañia
llamó á esa puerta dos veces.

ELVIRA. Le velaba yo bien sola!
¡Temí que por él viniesen!

LOPE. (Su temor era infundadó.)
(Mirando á Alfonso y á Doña Elvira.)
¡Dios os guarde!

ELVIRA. ¡Él por vos vele!

(Lope se va por el foro despues de saludar á Doña Elvira. El Paje cierra en seguida la puerta y Diego sale otra vez por la otra.

ESCENA IV.

DOÑA ELVIRA, ALFONSO, el PAJE y DIEGO VELA.

ELVIRA. El Rey sospecha...

DIEGO. (Con rapidez.) Media hora
tenemos; el plazo es breve,
mas triunfaremos, que Dios
en nuestro socorro viene!

PAJE. Venia á espiaros!

ELVIRA. ¡Cómo
he temblado volviese
á la vida el hijo mio!

PAJE. Yo observaba! á su mas ténue
movimiento; á la menor
señal de vida, me hubiese
lanzado sobre don Lope!

DIEGO. Muy bien, Nuño. El cielo quiere
(Abre la puerta del foro.)
ayudarnos y hasta ahora
en todo nos favorece!

ELVIRA. Ya os vais!

DIEGO. La hora se acerca
y no esperar mas conviene.

ELVIRA. Diego... (Con temor)

PAJE. Nadie nos espia.
(Mirando por el foro.)
DIEGO. Sí, la ocasion nos protege.
(Se acerca á Doña Elvira con respeto, y se arrodilla á su derecha. Ella debe ocupar el centro de la escena.)
¡Adios, señora! Veinte años (Con solemnidad.)
hace que os sirvo obediente
y en ellos por vuestra causa
la vida expuse mil veces!
En mis brazos don Ordoño
lanzó el postrer ¡ay! doliente,
y en ellos á vuestro hijo
al nacer recibí alegre.
En la córte, en las montañas,
en buena y en mala suerte,
defendiendo vuestra vida
con vos he vivido siempre.
Hoy que por la vez postrera
tal vez vuestra mano bese,
perdon os pido si en algo
os he ofendido inocente!
¡Bendecidme al separarnos! (Conmovido.)
Pues si hoy mi alma comparece
de Dios ante el trono, quiero
que bendita por vos llegue.
ELVIRA. Perdóname tú si expongo
por mis hijos de esta suerte
de vida que tanto vale
un átomo solamente.
(Extiende su mano derecha sobre la cabeza de Diego y la baja con lentitud.)
Yo te bendigo, que quiero
que honrada mi mano quede
tocando tus nobles canas
al caer sobre tu frente!
(Diego besa la mano á Doña Elvira y se levanta. El Paje se acerca del mismo modo.)
PAJE. Adios, señora! muy niño
recibí vuestras mercedes,
y mi rey partió conmigo
de la infancia los placeres.

Bendecidme en nombre suyo
pues él hacerlo no puede,
por si hoy con mi vida os pago
cuanto mi existencia os debe.

ELVIRA. Nuño, que Dios te bendiga!

DIEGO. No abrais mientras no amanece,
á nadie! Adios, confianza!
Si muero... que él me recuerde.
(Señalando á Alfonso.)

ELVIRA. Idos, que mi alma al oiros
de su anhelo se arrepiente!

LOS DOS. ¡Adios!

ELVIRA. Que el cielo os proteja
y veros volver me deje!
(Los acompaña hasta la puerta del foro, que cierra despues que ellos han salido. Pausa, durante la cual baja Doña Elvira silenciosamente deteniéndose en la ventana durante la primera estrofa. La abre y la luna entra por ella.)

ESCENA V.

DOÑA ELVIRA y ALFONSO.

ELVIRA. ¡Triste acaba la noche y silenciosa!
Su calma y su quietud temor inspiran;
y en confuso tropel amontonadas
las nubes giran!
Ni el mas leve rumor, ni el manso viento
dan á la noche su apacible ruido.
Solo se escucha de mi propio acento
el eco estremecido!
En vano quiere aun mi fortaleza
llamar á mi temor, necios antojos.
Ya las lágrimas siento que apiñadas
se agolpan á mis ojos!
Ya el miedo mi razon ha fascinado,
y al ver que en el combate me ha vencido,
temo que el corazon sobresaltado
se rompa en un latido!
Oh! Dios mio! Valor! no hagas que débil
secumba al fin! Para temblar es tarde!

¡Haz que recobre su potente brio
el ánimo cobarde!
Vea yo al que nació de mis entrañas
á la vida volver que le dí un dia.
Véale vencedor! y corta al punto
la estéril vida mia!
¡Piedad! ¡Piedad! Tú vistes á tu madre
verter por tí su inagotable llanto,
y el llanto de una madre por su hijo
siempre, Señor, es santo!
¡Tu sangre generosa nunca niegas
á quien la pide con fervor profundo!
(Con un acento desgarrador y enérgico.)
¡Tambien fué para mí la que vertiste
por ridimir al mundo!
¡Yo consagrarme á tu servicio juro;
pero haz, Dios mio, que á mi voz despierte,
á que recobre la anhelada vida
en brazos de la muerte!
(Inclina la cabeza sobre el pecho: en el mismo instante Isaac salta á la escena por la ventana abierta. Doña Elvira se vuelve al punto aterrada de oir el ruido.)

ESCENA VI.

DOÑA ELVIRA, ALFONSO é ISAAC.

ELVIRA. ¡Ah!
ISAAC. ¡Yo soy!
ELVIRA. ¿No estabas preso?
ISAAC. Limé la pesada reja;
es la hora y necesito
buscar á los que me esperan.
ELVIRA. ¿Por qué entonces penetrastes
hasta aquí?
ISAAC. Los centinelas
que en ese patio vigilan,
(Señalando al sitio de la ventana.)
á todos el paso cierran
desde ayer, y era imposible
cruzarle sin que me vieran.

Por allí. (Queriendo dirigirse al foro.)

ELVIRA. (Deteniéndole.) ¡Salir no puedes!

ISAAC. Ved que la hora se acerca.

(La luna ha desaparecido.)

ELVIRA. (Cogiéndole de la mano y bajándole al proscenio.)
No; ven aquí! Tú juraste
salvar á Alfonso, y es fuerza
que esperes aquí conmigo
el término de la prueba.

ISAAC. Aun no ha vuelto! (Sorprendido.)

ELVIRA. Llega y mira!

(Isaac se acerca y coloca su mano en el pecho de Alfonso con atencion.)

¡Diez y seis horas eternas
hace que inmóvil y frio
como le miras se encuentra!
¡Diez y seis horas! comprende
si en los instantes que encierran
habrá sufrido mi alma,
habrá rezado mi lengua!
Habla! (Con ansiedad.)

ISAAC. Venid!... No me engaño.

ELVIRA. Qué dices? (Con alegria.)

ISAAC. Por Dios! prudencia!
Poned aquí vuestra mano.

(Doña Elvira coloca la mano en el pecho de Alfonso como la tenia Isaac.)

Sentid, sentid, cómo empieza
el corazon á agitarse;
en él la sangre penetra
otra vez!

ELVIRA. ¡No siento nada! (Con ansiedad.)

ISAAC. Vèd como se colorean
sus labios! cómo sus ojos
á quererse abrir comienzan!

(Pausa. Doña Elvira lanza un grito de placer.)

ELVIRA. ¡Ah!... ¡vive!... bajo mi mano...
aquí... ¡Dios!... ¡bendito seas!...

(Deja caer su frente sobre la mano de Alfonso, que despierta.)

ALF. Ah!

ISAAC. Lo veis?

ELVIRA. Alfonso! Alfonso!...
ALF. (Incorporándose con dificultad.)
Qué es esto? Madre! (Viendo á Doña Elvira.)
ELVIRA. ¡Si apenas
crédito doy á mis ojos!
Soy yo!... Sí... respira... alienta!
Vive!... perdóname, Olmundo!
ISAAC. Callad, no os oigan y vengan!
ALF. Ahora viene á mi memoria
cuanto ha pasado.
ELVIRA. Te acuerdas
de ayer?
ALF. Ayer! es decir
que no ha infundido sospechas
mi muerte, que todo el mundo
y el Rey han creido en ella!
ELVIRA. Sí; muerto estás para todos
menos para mí... ¡Qué eternas
han sido las horas!
ALF. (Abrazando á Doña Elvira.) Madre!
ISAAC. Oh! mirad que si os oyeran
aun, todo estaba perdido
en los momentos que restan!
ELVIRA. (Recordando.)
Sí! van á venir por él,
y si aquí vivo le encuentran...
¡Cómo tardan! (Aludiendo á los conjurados.)
ISAAC. Todavia
no es la hora!
ELVIRA. Mas si llegan
los de Fruela primero!
ISAAC. Antes que rompan la puerta
será la hora marcada!
ELVIRA. Eso es!
ISAAC. Las barras son gruesas!
(Echando la barra en la puerta del foro.)
ALF. ¿Por mí has llorado? (Levantándose.)
ELVIRA. Jamás
creí que sufrir pudiera
nadie lo que yo he sufrido!
ALF. Olmundo me salva!
ELVIRA. (Á Olmundo.) Llega,

y perdona de una madre
la injusticia y las ofensas.
(Empieza á amanecer lentamente.)
Sí; por él, solo por él
engañado don Fruela
vives aun!

ALF. Todos, madre,
por mí exponen su existencia.
Dios hará noble y honrada
mi vida, pues tanto cuesta!

ISAAC. Yo ya de vos no me aparto!
(Cogiendo una espada de la panoplia.)
Fácil es que sin mí venzan,
y aquí será necesario
tal vez alguien que os defienda.

ELLIRA. Calla!... no!... nada se escucha!
(Escuchando atentamente. Se oye á lo lejos el toque de una campana, cuyo sonido no debe interrumpir la representacion.)
Ah! sí! la campana es esa
de la catedral.

VOCES. (Muy lejos por la derecha.) Venganza!

ISAAC. Ellos son! (Con alegria.)

ELVIRA. Dios mio!

VOCES. (Acercándose por la derecha.) Muera!

ISAAC. En el balcon del alcázar
es necesario que os vean
de la habitacion vecina.
(Se oye un gran rumor de voces confusas, siempre sin interrumpir la representacion.)

ELVIRA. Sigue el rumor... ya se acerca.

ISAAC. Vamos!

ELVIRA. Sí!

ALF. (En la ventana del foro.) Ya apunta el dia!

ISAAC. Venid.
(Á Alfonso, que no le oye y que sigue mirando por la ventana. Doña Elvira se va por la puerta de la derecha seguida de Isaac. Cada vez se oye el rumor mas cerca á la derecha.)

VOCES. Muera! muera! muera!

ESCENA VII.

ALONSO, en seguida el REY.

ALF. Por esta parte no hay nadie.
(Mirando al exterior por la ventana. De pronto se abre en la izquierda una puerta secreta, que estaba oculta con la panoplia de armas, la cual gira con ella, y entra el Rey á la escena cerrándola despues otra vez. Fruela se presenta presa de la mayor consternacion.)
REY. Mentís! aun vive Fruela!
Oh! me habian encerrado;
pensaban como á una fiera
darme caza, y todos... todos!
me vendian... Ah! las fuerzas
me faltan, y hasta las plantas
á obedecerme se niegan!
(Hace un esfuerzo y se dirige á la puerta del foro llegando hasta el centro del de la escena.)
Es necesario que llegue
donde mi guardia se encuentra!
(Se detiene mirando el sitio donde estaba Alfonso, con temor supersticioso.)
Aquí murió... ya los monjes
se le han llevado á la iglesia!
y en este instante supremo
es indigna mi flaqueza!
Oh! llegar es necesario...
(Hace un esfuerzo y se dirige al foro. En este momento se vuelve Alfonso y baja á la izquierda de la escena al ver al Rey.)
ALF. Quién?
REY. ¡Jesus!
(Viéndole y retrocediendo aterrado.)
ALF. (Con terror.) Ah! don Fruela!
REY. Aparta!... sombra terrible!
no te acerques... no... qué intentas?
Perdon! yo no te dí muerte!
Ve que á matarme se acercan.
ALF. (Acercándosele compasivo.)

Huye si puedes!

REY. (Rehaciéndose.) No es sombra!
No!... vive... ¿vives? y esperas
triunfar de mí? ¡Pide al cielo
que á librarte de mí venga!
(En el colmo de la alegria.)

ALF. Madre! Olmundo!
(Retrocediendo á la izquierda.)

REY. Me han vendido
con infernal sutileza
y tu muerte era un engaño!
¡Que Dios de tí piedad tenga!
(Se dirige á la panoplia y coge una espada corta: Alfonso se aprovecha de este movimiento y cruza la escena huyendo hácia la derecha.)

ALF. Socorro!

ELVIRA. ¡El Rey!
(Saliendo á las voces de su hijo por la derecha y cubriendo con su cuerpo el de Alfonso al ver á Don Fruela.)

REY. ¡Á mis manos
vais á morir!

ELVIRA. ¡Esa puerta!
(Á Alfonso para que mientras ella le cubre, descorra las barras de la puerta del foro y la abra.)
Olmundo! (Llamando con fuerza.)
Ven si te atreves!
(Al Rey, sacando un puñal de su cintura.)
Blanda ya la espada!... llega
á herirle, yo con mis manos
te la haré trizas en ellas!
¡Favor al rey don Alfonso!

ESCENA VIII.

DICHOS, ISAAC por la izquierda.

ISAAC. Él aquí! Atrás!
(Blandiendo la espada y deteniendo al Rey, que ya estaba cerca de doña Elvira.)

REY. (Retrocediendo.) ¡Suerte fiera!
Yo soy el Rey!

ELVIRA. (Gritando desde la puerta del foro, que Alfonso habrá abierto, y cubriendo á su hijo con su brazo izquierdo.)
Por aquí!
VOCES. (En lo último de la galeria.)
Venganza!
ELVIRA. Aquí está Fruela!
REY. Oh! no espereis que me rinda!
ISAAC. Miserable! Tu hora llega!
Tú asesinaste á mis hijos!
Yo soy Olmundo! yo! tiembla!
REY. ¡Ay de tí!
(Abre la puerta secreta y se lanza por ella. En este momento llegan en tropel por el foro los ballesteros y el pueblo.)
ISAAC. (Viendo que se es escapa el Rey.)
¡Muerte al tirano!
REY. ¡Jesucristo!
(Dando un grito desgarrador y volviendo á entrar en la escena, donde cae en primer término herido por los montañeses. Diego Vela y los montañeses entran en la escena con los puñales en las manos y se reparten por último término. Doña Elvira y Alfonso han bajado al prescenio por la derecha.)
ISAAC. (Con alegria.) ¡Diego Vela!
DIEGO. Viva Alfonso cuarto!
TODOS. ¡Viva!
REY. ¡Maldito mil veces sea!
(Aparece Fruminio por el foro apartando á la multitud y acercándose al Rey, que se arrastra por el suelo presa de la agonia.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, FRUMINIO, por el foro.

FRUM. Apartad!... Te cumplí lo prometido!
(Al Rey.)
he vuelto á verte en el supremo instante
en que toda maldad se da el olvido!
Grandes tus culpas son! Por donde fuiste
sembraste luto y mortandad y duelo!

Pero pídele á Dios misericordia,
que aun es mas grande la piedad del cielo!

REY. No! yo quiero morir como he vivido!
(Hablando con trabajo pausadamente.)
Ni perdon, ni piedad!... si con mi muerte
la de todos vosotros consiguiera,
yo mi mayor herida desgarrara
y mi sangre al semblante os escupiera.

FRUM. Piensa, Fruela, en Dios!... tras de esta vida
hay de una eternidad la inmensa calma!
¡Dirige á Dios tu aliento y tu memoria!
el mundo puede maldecir tu historia,
pero Dios puede perdonar tu alma.

REY. ¡Imposible!

FRUM. ¡No tal! basta un momento,
y ese tienes aun! (Con solemnidad.)

REY. ¡Yo no sabia
cuánto cuesta el morir! (Con sublime dolor.)

FRUM. ¡Abrirse puede
el cielo para tí! no desperdicies
ese instante que el cielo te concede.

REY. ¡El grito que deseas
ya has arrancado á mi postrer aliento!
¡Yo el trono le usurpé!... suba él al trono!
(Con voz ronca y haciendo un esfuerzo supremo.)
Piedad, Señor!... piedad... yo me arrepien-
[to!...

FRUM. (Levantando las manos al cielo.)
¡En el nombre de Dios, yo te perdono!
(El Rey muere. Pausa solemne.)
Ejemplo horrible te presenta el cielo
(Á Alonso.)
al ceñir, rey Alfonso, la diadema!
¡No lo olvides jamás! por cada gota
de sangre que derrames,
caerá sobre tu frente un anatema!

ALF. ¡Nunca la verteré! ya desde niño
sufrí el rigor de la contraria suerte!
Quitadme esa corona apetecida
si llegase á olvidar que hallé la vida
en brazos de la muerte!

ELVIRA. Recuerda bien las vidas que ha costado
que llegues á ceñir esa corona!

Si quieres ser bendito en tu reinado!
haz dos cosas no mas: ¡*Premia y perdona*!
(Cuadro final. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, titulado EN BRAZOS DE LA MUERTE, *opino porque se autorice su representacion.*

Madrid 2 *de Marzo de* 1866.

El Censor de Teatros.

NARCISO S. SERRA.

FÉ DE ERRATAS.

En la página 25, despues del verso *este dia venturoso*, falta la acotacion siguiente: *Lope escribe de pié en un pergamino que habrá en la mesa, y se le entrega luego á Ferran.*

En la página 32, despues del verso, *Por la terminacion de nuestra guerra*, el Rey debe decir: *Paje*!

En al acto segundo, Isaac, despues del verso *Que Dios por nosotros vele*, se va por la puerta izquierda siguiendo á Lope, y se suprime el razonamiento que sigue.

OBRAS DRAMATICAS

DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

El amor y la moda..... Comedia en un acto y en verso.
El toro y el tigre..... Apropósito en un acto y en verso.
Quien á cuchillo mata..... Comedia en un acto y en prosa.
Pedro el marino..... Comedia en un acto y en prosa.
Quien piensa mal, mal acierta Comedia en tres actos y en verso.
El cuello de la camisa.... Comedia en tres actos y en verso.
A caza de cuervos..... Comedia en tres actos y en prosa.
Las tres noblezas..... Comedia en tres actos y en verso.
Un embuste y una boda.... Zarzuela en dos actos y en prosa.
Todo son raptos [1]..... Zarzuela en un acto y en verso.
En palacio y en la calle... Drama en tres actos y en verso.
As en puerta..... Zarzuela en un acto y en verso.
Una nube de verano. (Tercera edicion.) ..... Comedia en tres actos y en verso.
Lanuza ..... Drama en tres actos y en verso.
Una Vírgen de Murillo [2]... Comedia en tres actos y en verso.
El beso de Judas..... Comedia en tres actos y en verso.
Una lágrima y un beso..... Drama en cuatro actos y en verso.
La flor del valle. (Segunda edicion.)..... Drama en tres actos y en verso.
La pluma y la espada..... Drama en tres actos y en verso.
Batalla de reinas..... Comedia en cinco actos y en prosa.
El amor y el interes. (Segunda edicion.)..... Comedia en tres actos y en verso.
Juicios de Dios..... Drama en tres actos y en verso.
La planta exótica (Segunda edicion)..... Drama en tres actos y en verso.

---

1 Música de Oudrid.

2 En colaboracion con D. Luis de Eguilaz.

La paloma y los halcones... Comedia en tres actos y en verso.
El rey del mundo..... Comedia en tres actos y en verso.
La perla negra..... Zarzuela en tres actos y en prosa.
La oracion de la tarde (Quinta edicion.)..... Drama en tres actos y en verso.
Los lazos de la familia (Segunda edicion)..... Drama en tres actos y en verso.
¡Rico... de amor!..... Drama en tres actos y en prosa.
Barómetro conyugal.[1]..... Comedia en tres actos y en prosa.
La bolsa y el bolsillo.[1]... Comedia en tres actos y en prosa.
La lápida mortuoria..... Drama en tres actos y en prosa.
El marqués y el marquesito. Comedia en tres actos y en prosa.
Los infieles. ¡[2]..... Comedia en tres actos y en verso.
Flores y perlas. (Tercera edicion.)..... Drama en tres actos y en verso.
La agonia..... Drama en un acto y en verso.
¡Dios sobre todo!..... Comedia en tres actos y en verso.
Las hijas de Eva[3] (Segunda edicion)..... Zarzuela en tres actos y en verso.
El hombre libre..... Comedia en cuatro actos y en verso.
La primera piedra..... Drama en tres actos y en verso.
Estudio del natural..... Drama en tres actos y en verso.
La cosecha..... Comedia en tres cuadros y en verso.
La conquista de Madrid[5].... Zarzuela en tres actos y en verso.
Cadenas de oro[4]..... Zarzuela en tres actos y en verso.
Una revancha..... Zarzuela en un acto y en verso.
La Ínsula Barataria[5]..... Zarzuela en tres actos y en verso.
Punto y aparte..... Zarzuela en dos actos y en prosa.
En brazos de la muerte... Drama en tres actos y en verso.

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela original en dos tomos.
La gota de tinta..... Novela original en dos tomos.
El libro de las mujeres.... Obra traducida en un tomo.

---

1 En colaboracion con D. Ventura de la Vega.
2 En colaboracion con D. Narciso Serra.
3 Música de D. Joaquin Gaztambide.
4 En colaboracion con D. Ramon de Navarrete. Música de Arrieta.
5 Música de Arrieta.

Maria.
en 1818.
vista de pájaro
re hojuelas.
de Polonia.
ó la Emparedada.

Blanco.
o se entiende, ó un hom-
mido.
contra nobleza.
odo oro lo que reluce.

1.

tto de enmienda.
á rio revuelto.
a y por él.
eridas las de honor, ó el
gravio del Cid.
puerta del jardin.
so caballero es D. Dinero.
s veniales.
os y catigo, ó la conquis-
Ronda.

onvido al Coronel!...
mucho abarca.
uerte la mia!
es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y pecna.
San Isidro (*Patron de Madrid*).
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una vengánza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.

Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre Uno.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabe-
llos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

ica y Medoro
s de buena ley.
l mas feo.

yina la Gitana.
lo y Marte.
y Flora.

senando.
Mariquita.
Crisanto, ó el Alcalde pro-
dor.

chiller.
octrino.
isayo de una ópera.
ilesero y la maja.
erro del hortelano.
Ceuta y en Marruecos.
on en la ratonera.
ltimo mono.
dos de carnaval.
elirio (drama lírico.)
ostillon de la Rioja (*Música*)
zconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones
de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo

Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
o segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrior
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.